

CERÁMICA NEOLÍTICA DE LA REGIÓN VASCO-RIOJANA: BASE DOCUMENTAL Y CRONOLÓGICA

NEOLITHIC POTTERY OF THE BASQUE-RIOJAN REGION: CORPUS AND CHRONOLOGY

ALFONSO ALDAY RUIZ (*)

RESUMEN

Presentando el corpus cerámico del Neolítico antiguo de la región vasco-riojana se observa una evolución estilística: una primera fase de cerámicas lisas o incisas, un momento con decoraciones impresas y una última donde se combinan, como técnicas más significativas, el cardial y el boquique. Los resultados radiocronológicos, que deben discutirse, nos retrotraen a finales del VIII milenio B.P. para el primer episodio, a mediados del VII para el segundo y al último tercio del mismo para el tercero. Los datos obligan a reabrir el debate sobre el papel de la cerámica y los “contextos neolíticos”.

ABSTRACT

Reviewing the pottery corpus from the Early Neolithic of the Basque-Riojan region, an evolution in style can be observed: a first phase with undecorated and incised ceramics, followed one with impressed ceramics and a last phase in which the most significant techniques are cardial and boquique. Radiocarbon dating results date the earliest phase at the end of the eighth millennium BP, the second one at the middle of the seventh and the last phase by the last third of this millennium. These data force us to reopen the discussion about the role of pottery and “neolithic contexts”.

Palabras clave: País Vasco. La Rioja. Neolítico. Cardial. Boquique. Carbono-14.

Key words: Spain. Basque Country. La Rioja. Neolithic. Pottery. Cardial. Boquique. Radiocarbon dating.

(*) Facultad de Filología, Geografía e Historia. Dpto. de Geografía, Prehistoria y Arqueología. Universidad del País Vasco. Tomás y Valiente, s/n. 01006. Vitoria-Gasteiz. Correo electrónico: fgpalrva@vc.ehv.es

Recibido: 15-II-02; aceptado: 16-IX-02.

1. INTRODUCCIÓN

1a. Objetivos

Bastante es lo que en las últimas fechas hemos avanzado respecto al conocimiento del Neolítico del área vasco-riojana. El aporte de nueva información –descubrimiento, excavación y publicación aunque sea parcial de bastantes yacimientos– y los intentos de sintetizarla y cotejarla con lo conocido en regiones colindantes, ha fomentado una renovación de concepto, ofertando una visión totalmente renovada. La imagen que se da hoy del Neolítico de la comarca objeto de estudio aquí, no se distancia de lo propio de otros rincones peninsulares, con los ajustes debidos por las particularidades de cada entorno. La acumulación de los datos nos está permitiendo articular un esquema individualizado –en cuanto a ritmos, agrupamientos materiales...– sin necesidad de trasladar forzosamente esquemas foráneos.

Son así numerosos los aspectos sobre los que se está profundizando: se insiste en la descripción de la base cultural preneolítica –el Mesolítico en sus diversas manifestaciones– para entablar así la discusión sobre la forma de acceso de las novedades; se controla el tipo de paisaje preferido por los primeros neolíticos y los modelos de yacimientos-tipo; se ha logrado un adecuado retrato de la industria lítica, observando, como norma, la continuidad básica con renovación de algunos contados instrumentos (segmentos por trapecios y triángulos en algunos yacimientos; retoques planos –a modo de doble bisel en muchas ocasiones– por los abruptos en casi todos); se ha proporcionado un cuerpo radiocronológico que nos permite fijar con bastante precisión *el tempo* de desarrollo del período, acoplado sus fases internas. Obviamente es bastante lo que aún nos falta por precisar, pues aún debemos: mejorar las nociones sobre el clima, la fauna y la

flora; detallar los modelos económicos averiguando no sólo cuándo son introducidas las novedades productivas, sino también cómo se van incorporando frente a las formas depredativas tradicionales; referir la articulación social de los grupos; relacionar las propiedades del repertorio material, no tanto de la industria lítica retocada que como se ha dicho tenemos satisfactoriamente jerarquizada –aunque sería de desear ajustar detalles y observar tendencias locales– pero sí de la ósea y de la cerámica.

Por eso mismo, en el presente trabajo nos hemos propuesto recoger las evidencias cerámicas más antiguas del área vasco-riojana con el fin de observar:

- a) de cuándo son las manifestaciones más remotas;
- b) cuáles son los caracteres más sobresalientes que pueden ser definidos;
- c) establecer, si fuera posible, una evolución interna de las manufacturas atendiendo a rasgos formales y decorativos, y si ésta queda justificada en el tiempo;
- d) y cuáles son los parentescos que pueden fijarse respecto a otros focos culturales.

Pronto se demostrará que los objetivos marcados en el ensayo son más ambiciosos de lo que en realidad permite la documentación disponible. El catálogo reunido acoge catorce yacimientos –no siempre suficientemente expresivos– y en muy desiguales estado de conocimiento: en algunos pocos casos, La Peña de Marañón, Peña Larga, Kanpanoste Goikoa o Zatoya los trabajos de campo están finalizados y se han entregado, al detalle, las memorias de excavación; en otros lo rescatado es producto de intervenciones sucesivas, no siempre coordinadas, ofreciendo valoraciones contradictorias –es muy elocuente el caso de Cueva Lóbrega–; o, por último, son varios los establecimientos sobre los que prosiguen las operaciones arqueológicas –en Atxoste– o en los que habiéndose culminado las informaciones suministradas respecto al aparato cerámico son muy sumarias –Kobaederra, Aizpea o Mendandia–. Además el montante de la producción alfarera no es muy voluminoso, y lo que es realmente aprovechable –aquello que aporta motivos iconográficos reseñables o reconstrucciones formales fidedignas de los recipientes– ciertamente escaso. En estas circunstancias el texto que presentamos, en especial lo que se refiere a sus propuestas evolutivas, debe ser leído y entendido restrictivamente, atendiendo a las posibilidades reales de los datos en juego.

1b. El valor del componente cerámico

No es necesario insistir mucho sobre la capacidad de la cerámica como elemento definidor de los estadios culturales postmesolíticos. A falta de otros ingredientes mayores, tales como referencias estratigráficas o medidores de cronología absoluta, usamos habitualmente la producción alfarera como medio para el encuadre cultural de los yacimientos, y su ordenamiento a escala temporal (o como indican autores, para definir “contextos neolíticos”).

Al respecto se han trazado diferentes propuestas tipológicas, de intenciones generales o particulares, jerarquizando los caracteres pertinentes y ordenándolos en una escala diacrónica (Shepard 1968; Llanos y Vegas 1974; Bernabeu 1989). Como rasgos mayores suelen fijarse en: las *formas* (evolución básica de lo sencillo a lo complejo, sin abandono de prototipos comunes); los *volúmenes* (acumulando posibilidades cuando se diversifican los usos –menaje–); las *decoraciones* (originadas bien por gusto estético o cargadas de un “razonamiento simbólico”); y las *técnicas de elaboración* (en busca de productos más homogéneos, depurados, estables y de cocciones más sólidas).

Aún teniendo en cuenta lo fundamental de tales propuestas, dada la naturaleza de la colección cerámica con la que vamos a encontrarnos, no son necesarias evaluaciones tipotecnológicas afinadas. Bastará con la descripción de los componentes con rasgos más sobresalientes. Proponemos entonces un sistema de clasificación sencillo, que tiene muy en cuenta las técnicas decorativas y los temas iconográficos desarrollados. Se procederá cuando sea posible a un recuento de variantes de labios, bordes, fondos y sistemas de prensión, así como a referenciar las escasas formas que pueden definirse. El método es suficiente para la comparación básica del repertorio alfarero de la región frente al de otros territorios.

Por otra parte, el encuadre cronológico de los contextos servirá para mostrarnos la evolución de la industria. Como se verá, algunos yacimientos nos remiten a fases muy tempranas, abriendo un debate que, por ahora, no podemos cerrar.

Entre los caracteres de la arcilla suele destacarse: lo sencillo de su manipulación, permitiendo su adopción/copia entre las diversas comunidades y por tanto la rápida extensión de su uso; y su versatilidad, derivando en producciones personalizadas, en donde la pericia del lañador, su imaginación y las constantes o preferencias de su grupo libera/condiciona las actitudes de renovación del repertorio

colectivo. Añádanse las copias y préstamos que se ofrecerían los grupos, como elementos que propiciarían la mutación de los componentes.

Ofrece también soluciones muy aprovechables en el día a día de las comunidades: como menaje doméstico, contenedor, transporte o elemento ritual. Cada una de sus funciones exige (restringe) las posibilidades ejecutivas en morfología y decoración. Así, los caracteres de una determinada colección de loza están estrechamente ligados a la utilidad general del establecimiento: habitación permanente o transitoria, depósito-silo, funerario...

Resumiendo, los logros técnicos, las habilidades del artesano, las tradiciones, el empleo que se dote al recipiente y la propia finalidad del yacimiento disponen la naturaleza del repertorio cerámico. Siempre se deberán tener en cuenta estos condicionantes cuando se ordenen/cotejen dos colecciones aproximadamente contemporáneas. La abundancia relativa de cerámica frente a otros conjuntos industriales, el número de fragmentos decorados frente a los que no lo están, o el propio troceado del inventario (grado de rotura y tamaño de las piezas) atienden a circunstancias varias, no estrictamente culturales (ni de escala temporal). No debe afrontarse una lectura excesivamente plana entre dos depósitos prehistóricos (reduciendo la comparación entre lo que hay y lo que no hay) sin atender a la totalidad de las contingencias que personalizan los establecimientos prehistóricos (incluyendo claro está el grado de conservación de las colecciones), y también el ritmo, estado y finalidad de los trabajos arqueológicos llevados a cabo.

Todo lo anterior no obsta para que, dentro de una determinada área cultural y en unas coordenadas históricas, puedan aislarse constantes generales que definan *el aire* de la producción alfarera. Se observará qué es lo propio y qué se comparte con otras unidades culturales. Queda dicho que ésta es una de las intenciones prioritarias del trabajo: mostrar los caracteres generales de la primera cerámica de una región, la vasco-riojana, que en los últimos años ha incrementado notablemente su acervo alfarero. Es necesario darlo a conocer puesto que “desmantela” apreciaciones clásicas que sobre el mismo se han vertido.

2. LOS DATOS

La unidad geográfica de análisis incluye entornos diferenciados para los que se suponen dinámicas culturales diversificadas. Sin embargo se ha

explicado recientemente (Alday 1999) lo abusivo de tal idea. La antigua compartimentación de la región en dos grupos (de Santimamiñe y de Los Husos), vinculado uno a la vertiente cantábrica y a la mediterránea el otro, no es sostenible máxime si se quieren ver como unidades cerradas. Si bien se retienen particularidades propias en uno y otro entorno, también son variados los puntos comunes a lo largo del Mesoneolítico. La referencia específica a Cueva Lóbrega, único yacimiento fuera del territorio vasco-navarro, se entiende fácilmente reteniendo los paralelismos sedimentarios y cronológicos respecto a Los Husos, Peña Larga y Atxoste. Recordemos que la región vasca y La Rioja compartirán en el Neolítico final y Calcolítico muchas afinidades (así sistemas funerarios y ajuares muy comunes –Alday 1992–).

Presentamos en orden alfabético el catálogo, no exhaustivo, de yacimientos vasco-riojanos pertenecientes al neolítico y de función básica habitacional (Fig. 1). Expurgando la información para jugar con los datos seguros, dejamos fuera de la relación aquellos sitios:

a) de uso funerario. Primero porque salvo el caso de Aizpea –sin ajuar cerámico– se refieren a fases finales del Neolítico, por tanto alejados de nuestros intereses. Segundo por que se tratan en su mayoría de monumentos megalíticos de dilatada vida, donde resulta difícil discernir qué pertenece a esta época y qué al subsiguiente Calcolítico. Las evaluaciones cronológicas no pueden asociarse a claros contextos industriales. En Marizulo, único ejemplo de enterramiento neolítico en cueva, tampoco es posible saber que elementos materiales acompañaban al enterrado;

b) de dudosa adscripción cultural. Atiende esencialmente establecimientos al aire libre donde se recogen sin distinción posible productos de diferentes fases culturales. Entran también en este apartado los yacimientos de excavación antigua que aún poseyendo cerámica de interés ofrecen serias dudas sobre su encuadre cultural (sirva de ejemplo Santimamiñe con una discutible secuencia sedimentaria);

c) o sin descripciones suficientes de sus materiales.

Entre los catorce yacimientos varios aportan rica documentación y constituirán la base del trabajo, mientras que otros apenas si son aprovechables: sin embargo estos últimos nos servirán para reflexiones sobre el sentido de los depósitos y de los componentes industriales (en el sentido indicado en la introducción).

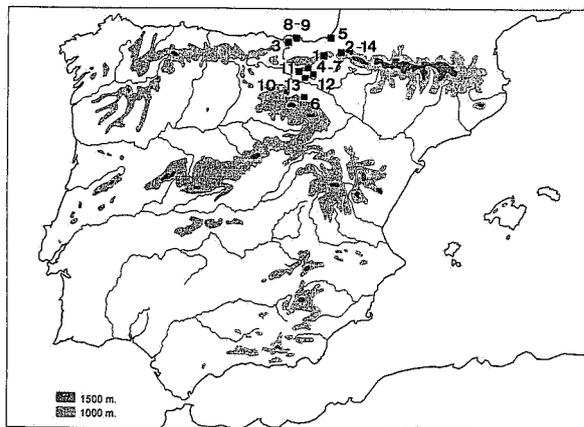


Fig. 1. Localización de los principales sitios citados en el texto: 1. Abauntz; 2. Aizpea; 3. Arenaza; 4. Atxoste; 5. Berroberría; 6. Cueva Lóbreaga; 7. Kanpanoste Goikoa; 8. Kobaederra; 9. Kobeaga; 10. Los Husos; 11. Mendandia; 12. La Peña; 13. Peña Larga; 14. Zatoya.

Abauntz

Ubicada la cueva de Abauntz en la divisoria de aguas cantábrico-mediterránea, pudiera tal vez servir como engranaje de los sucesos culturales que tienen lugar en cada una de las vertientes. El establecimiento goza de un ganado prestigio dada la amplitud de su secuencia sedimentaria. La misma puede ser parcelada en dos grandes bloques: el inferior que incluye varias etapas paleolíticas; el superior perteneciente ya a etapas holocénicas (Utrilla 1982; Utrilla y Mazo 1991-1992 y 1993-1994).

Además, como es común en cavidades cantábricas, se han detectado en Abauntz niveles, no muy desarrollados en su potencia, pertenecientes al Mesolítico y Neolítico. Se toman del último momento los estratos b4 y c, al amparo de sendas fechas de carbono 14: 5390 ± 120 (I-11.309) (1) y 6910 ± 450 (I-11.537) respectivamente, para un cuerpo material muy magro. Lo lítico no aporta elementos de diagnóstico cultural (láminas simples o con retoques, raspadores y buriles), excepto quizá por dos trapecios de retoques abrupto y en doble bisel. En lo cerámico se diferencian los siguientes tipos (Fig. 2):

a) Espatulada (o bruñida) de pasta fina con formas simples y globulares.

(1) Los resultados radiocronológicos y la referencia a milenios a lo largo del texto se harán en años BP.

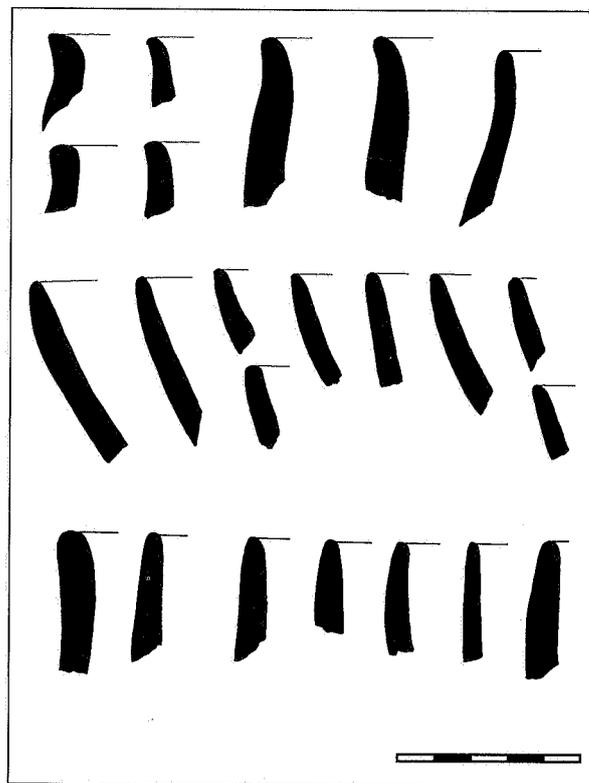


Fig. 2. Conjunto cerámico de Abauntz (según Utrilla 1982).

b) Espatulada (o bruñida) de fractura tosca y formas similares a las anteriores.

c) No espatulada y tosca

De este último tipo serían todas las del nivel c, lo que ha dado pie en ocasiones a hipotetizar sobre una posible fase cerámica lisa de cierta antigüedad.

Dos observaciones serían útiles de retener respecto a la producción cerámica:

a) No se ha ofrecido el recuento total de la colección (ni de las primeras excavaciones ni de las últimas): se reconocen en varias figuras una treintena de bordes, sumando lo correspondiente a ambos horizontes pero no hay indicación del montante de fragmentos. No obstante la colección parece ser muy escasa en c.

b) La fecha de C-14 nos propone un Neolítico avanzado para b4 y una fase antigua del mismo período para c, en este caso con una precisión demasiado elevada.

Los niveles Calcolíticos aportan una colección cerámica importante en su número pero poco explícita en sus modelos (digitaciones en labios, cordones y panzas; líneas incisas desordenadas).

Aizpea

El abrigo de Aizpea se localiza al norte de Navarra, en las cercanías de Zatoya, complementando la secuencia cultural entregada por esta cavidad. Se trata de un depósito estratégicamente ubicado para su uso como alto de caza, parcialmente desmantelado para cuando se iniciaron las tareas arqueológicas. Como es frecuente en establecimientos holocénicos de este tipo, el único nivel sedimentario interesante, el b, es tan uniforme en su coloración y estructura a lo largo de su metro de espesor que no permite una subdivisión interna a partir de criterios litoestratigráficos. No obstante lo anterior, basándose en criterios de cronología absoluta –muestras recogidas en columna–, y observada la dinámica industrial, se ha propuesto la individualización de horizontes menores: el I o inferior, II intermedio y III como más reciente y en donde hace acto de presencia la cerámica (Cava 1997) (2).

Se recogieron medio centenar de pequeños fragmentos que quizá pudieran reunirse en dos recipientes, tan incompletos que es imposible su reconstrucción: un posible vaso de borde simple, acabado elemental y sin elementos decorativos; un contenedor de superficies bien alisadas y con trazos *et décoration imprimée* (Fig. 3.1).

La industria lítica está representada por un centenar de útiles retocados de carácter microlítico: un tercio de la colección son dorsos –rotos, con bases truncadas o *à cran*– seguidos de geométricos –con regresión de los retoques abruptos– en beneficio del retoque simple –planos inversos y doble bisel–, denticulados –11%– y más lejanamente por raspadores, raederas y buriles. Se reconoce una industria ósea con anzuelos, puntas y objetos de menor elaboración.

Resumiendo, lo que a nosotros nos interesa aquí es el reconocimiento de una producción cerámica en la segunda mitad del VII milenio, pues Aizpea III está fechado en el 6370 ± 70 (GrN 18.421), que era desconocida poco antes (3). La pobreza del muestrario, compatible con la función cazadora del sitio, dificulta la extracción de conclusiones de largo alcance, por más que se haya indicado la presencia de decoración impresa.

(2) Entregado el presente texto se ha editado la memoria final de Aizpea (Barandiarán y Cava 2001). Se ofrece una lectura global del yacimiento sin alterar en lo genérico la valoración que de sus cerámicas se hizo en 1997.

(3) Aizpea II, sin cerámica, se encuadra en el 6800 ± 70 (GrN 16.622) y el enterramiento, del 6600 ± 50 (GrA 779) también carecía de este componente.

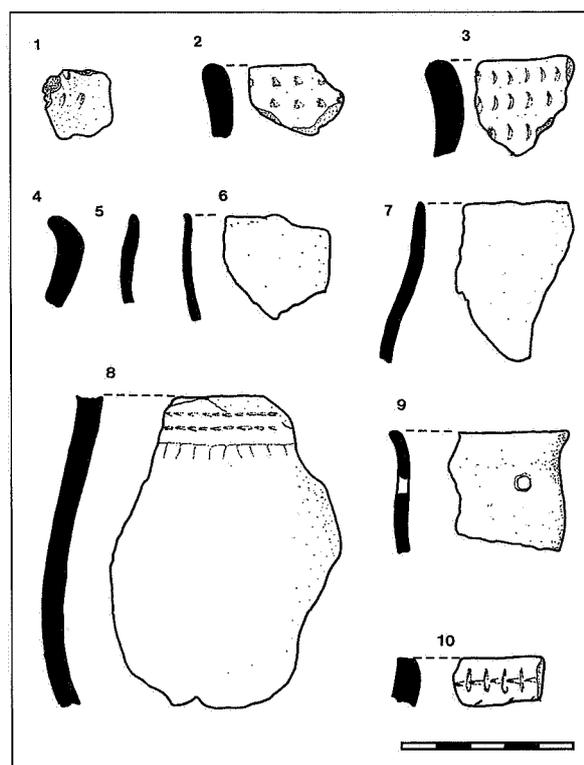


Fig. 3. Conjunto cerámico de Aizpea (3.1 según Cava 1997) y de Arenaza (3.2 a 3.9 según Apellániz y Altuna 1975).

Arenaza

La ausencia de informaciones fiables referentes al Neolítico cantábrico realza el valor arqueológico de la cueva vizcaína de Arenaza, objeto de diversos ensayos analíticos e interpretaciones variadas. Tres artículos consecutivos dan cuenta de los resultados de la primera serie de campañas de excavación (Apellániz y Altuna 1975a, b, c), siendo muy sumaria la documentación publicada sobre las actuaciones de los años 80 y 90.

Como en otros registros cantábricos, la ocupación de Arenaza puede parcelarse en dos unidades: la inferior perteneciente a fases paleolíticas –recordemos el reconocimiento de manifestaciones artísticas del interior de la cavidad–; la superior de tiempos holocénicos con aportaciones de, al menos, lo tardo-romano, Bronce, Calcolítico y Neolítico.

No debe ser sencilla la definición sedimentaria del tramo superior, para el que se ha propuesto la individualización de varios paquetes con subdivisiones internas cuyas denominaciones se han modificado en sus detalles: irregularidades deposicionales, y acciones humanas –prehistóricas e his-

tóricas— han debido alterar los estratos, y la parquedad de las colecciones materiales tampoco contribuyen a la mejor exposición de los horizontes.

Los estratos Ib base, IC1 y IC2 parecen integrar la base neolítica del enclave, si bien manifiestan ciertas dudas al respecto, como se ha señalado repetidamente en los textos: por presencia de algunos restos humanos en Ib base y IC1, que parecen más propios de los enterramientos de los niveles superiores; por las dificultades de separación entre Ib base y IC1, que obliga a utilizar “criterios tipológicos”; porque IC1 y IC2 no son siempre separables desde la sedimentología, obligando al uso de la profundidad relativa respecto al plano 0 para la inclusión de una semitalla a uno u otro episodio. Debe recordarse, además, la existencia de pozos y alteraciones de tal manera que algunos de los objetos cerámicos más sobresalientes (así un fragmento de cerámica con decoración cardinal) se localizaron fuera de estratigrafía.

La memoria no ofreció una descripción pormenorizada del material arqueológico, ni tampoco un aparato gráfico ilustrativo, tan sólo una relación sumaria de lo más emblemático. Desconocemos el volumen total de la producción cerámica (o de la lítica más allá de los objetos retocados) pues sólo se da cuenta de los fragmentos que incluyen el borde de la vasija o algún elemento accesorio. La mayor parte debe corresponder a lozas lisas pero se sabe de:

- tres bordes con decoraciones impresas—cada una partiendo de distintos instrumentos— diseñando series de simples elaboraciones, para un total de 16 bordes del subnivel Ib base (Fig. 3.2 a 7 y 10);
- un recipiente con tres líneas de impresiones contiguas bajo el labio (¿boquique?), colgando de la última cortas impresiones verticales en IC1 (Fig. 3.8). El resto del equipaje del horizonte es liso o con alguna perforación (Fig. 3.9);
- un fragmento de borde con impresiones bajo el labio mas cenefa con motivo en técnica boquique de espina de pez con guía (Fig. 4.14);
- un fragmento con decoración y técnica similar al descrito (Fig. 4.11);
- un borde con triple serie de anchas impresiones; dos bordes con series simples de anchas impresiones (Fig. 4.10);
- dos bordes de, muy probablemente, un mismo recipiente con siete líneas de impresiones contiguas (¿boquique?) (Fig. 4.2 y 3);
- otro borde con el mismo aire que estos dos últimos fragmentos citados (Fig. 4.7);
- un borde con cuatro serie de impresiones,

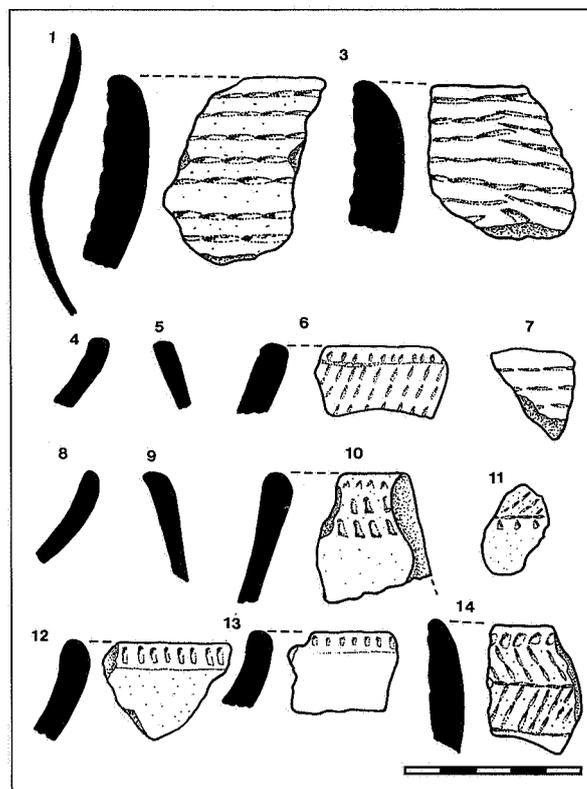


Fig. 4. Conjunto cerámico de Arenaza (según Apellániz y Altuna 1975).

circulares la primera, alargadas las otras tres (Fig. 4.6);

- un fragmento con decoración en bandas “formando... ruedas o círculos que parecen corresponder con los de la cerámica llamada cardinal” (Apellániz y Altuna 1975c: 195).

Las últimas siete referencias son de IC2, considerando el director de los trabajos que pertenecen al horizonte dos trozos más recogidos en la primera de las campañas de excavación en áreas revueltas, con motivos impresos (Fig. 4.12 y 13) y bastantes bordes más (Fig. 4.4, 5, 8 y 9).

La industria lítica que se corresponde con el conjunto alfarero no es muy significativa: unas dos decenas de piezas retocadas resaltando entre ellas un segmento y un triángulo isósceles “ambas de retoque marginal, casi plano” en IC1.

De las excavaciones antiguas se obtuvo, para el subnivel IC1 la data de 6910 ± 175 (I-8630), invalidada generalmente como adecuada para la situación de su colección arqueológica, y sí, tal vez, más propia para alguno de los lechos superiores del nivel II. Recientemente, para fijar en el tiempo la fau-

na doméstica de Arenaza, se ha usado la técnica del C-14 mediante acelerador sobre tres fragmentos óseos, de supuestos vacunos domésticos, de IC1, con resultados contradictorios (Arias y Altuna 1999):

– 10860 ± 120 (OxA 7158), informando que la muestra se recogió junto a uno de los fragmentos cerámicos decorados más representativo –iconografía de espina de pez–;

– 5755 ± 65 (OxA 7156);

– 6040 ± 75 (OxA 7157).

Al margen de consideraciones que a tenor de los resultados cabe plantearse respecto al estado de la fauna, deben indicarse que dos de las fechas nos remiten al cambio entre el VII y el VI milenio. Y que siendo inicialmente aceptables para con los componentes cerámicos, nos inclinamos por dotar de mayor antigüedad a parte del repertorio (no deja de ser una intuición personal) por las similitudes de algunas de las lozas con las de otros yacimientos contemplados en este trabajo (4).

Atxoste

Atxoste se localiza en la cabecera del valle de Araya, en Alava, siendo un pequeño abrigo bajo roca afín a varios más de la vertiente mediterránea del País Vasco: por sus dimensiones, estratégica posición y recorrido estratigráfico-cultural. El yacimiento se encuentra en proceso de exploración, y sólo se han aventurado informaciones parciales de sus niveles y colecciones, así como de los resultados de cronología absoluta (Alday 1997, 1998, 1999, 2000 a 2001; Alday *et al.* e p.). Se han reconocido ocupaciones de finales del pleistoceno, estando muy desarrolladas las pertenecientes a momentos holocénicos: varias facies mesolíticas y neolíticas más enterramientos de la Edad de los Metales.

En las condiciones de estudio actuales puede realizarse una sinopsis del componente cerámico del nivel III. El mismo comprende tres unidades menores: IIIb2, el más profundo, cuyos materiales son representativos del Mesolítico geométrico –y lógicamente sin cerámica–; IIIb1 y IIIa, ambos ya

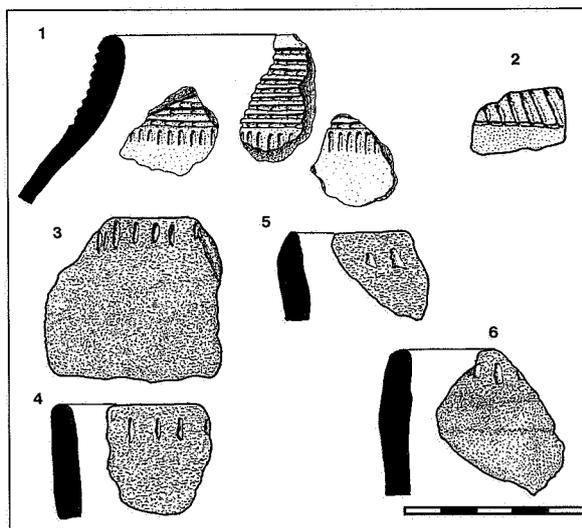


Fig. 5. Conjunto cerámico de Atxoste.

del Neolítico. Aún es pronto para ofrecer valoraciones detalladas de la industria alfarera específica de IIIb1 y IIIa, pero entre sus ocho centenares y medio de fragmentos –cinco de IIIb1 y tres y medio de IIIa– pueden retenerse los siguientes elementos decorados:

– Cinco fragmentos que reconstruyen un borde de labio redondeado y pronunciado cuello –tal vez una botella– decorados mediante nueve líneas conseguidas mediante técnica de boquique, colgando de la última de ellas una serie vertical de cortas impresiones (Fig. 5.1 y Lám. I, 2 y 3);

– Fragmento de grandes dimensiones de labio redondeado (ligeramente apuntado), borde recto y cuerpo decorado por serie de mamelones ovales bajos los cuales se dispone un cordón plástico, decorado mediante cortas pero profundas incisiones, del que arranca un asa de orejeta (Lám. I, 9);

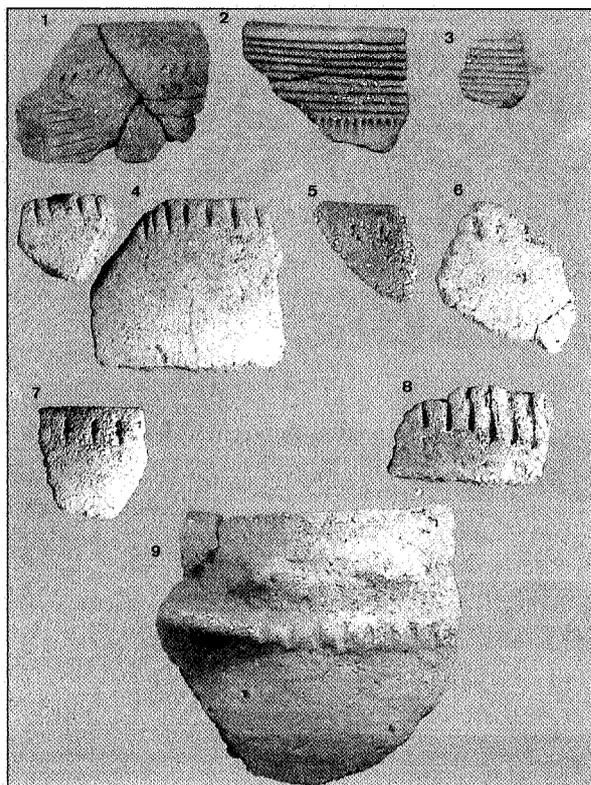
– Fragmento de labio plano decorado mediante incisiones, borde recto y cuerpo con cordón poco sobresaliente decorado mediante incisiones;

– Fragmento del cuerpo de un recipiente con cordón plástico poco sobresaliente decorado por incisiones. Como se ve este trozo y el anterior comparten varias similitudes, aunque creemos que pertenecen a distintos contenedores;

– Pequeño fragmento que destaca por una masa de tacto áspero, por la abundancia de pequeños desgrasantes, con cordón liso poco sobresaliente;

– Varios fragmentos del tramo superior de un recipiente de labio redondeado (tendente a plano), borde recto y cuerpo decorado mediante: cenefa

(4) Las contradicciones en los resultados radiocronológicos, no hacen sino resaltar la inestabilidad del paquete superior de la estratigrafía (y las memorias de excavación suelen resaltar lo ficticio según zonas de las subdivisiones sedimentarias), y nos obliga a recibir con cautela los datos arqueológicos que nos suministran.



Lám. I. Repertorio cerámico de Atxoste (a distintas escalas).

horizontal limitada por líneas incisas que enmarcan tema de espiga (o espina) conseguida mediante impresiones; cenefa que, colgando verticalmente de la anterior, se limita por incisiones corridas y encierra líneas horizontales diseñadas por técnica de boquique. Algunas de las impresiones conservan incrustaciones de ocre (Lám. I.1);

– Varios fragmentos de tres posibles recipientes de gran tamaño cuyas panzas son recorridas por un cordón liso poco sobresaliente;

– Fragmento de buenas dimensiones de recipiente de gran volumen con orejeta a la manera de asa, continuada por cordón liso. Se conoce otro más de idénticos caracteres;

– Fragmento de lo que fue un recipiente de amplio tamaño con labio plano decorado por profundas incisiones oblicuas;

– Pequeño fragmento de un borde con dos impresiones de perfil sinuoso (¿cardial)? (Fig. 5 y Lám. I.7);

– Otro pequeño fragmento de un borde que conserva tres cortas impresiones de tipo cardinal (Fig. 5.6 y Lám. I.5);

– Dos fragmentos del borde de un mismo reci-

piente decorado el labio mediante serie de incisiones algo desordenadas (Fig. 5.3 y Lám. I.4);

– Pequeño fragmento del cuerpo de un contenedor que deja ver el final de seis líneas verticales ejecutadas con técnica de boquique (Fig. 5.2 y Lám. I.8);

– Fragmento de un borde recto con impresiones de instrumento y labio redondeado (Lám. I.6).

Pueden retenerse además: dos fragmentos de sendos recipientes de gran tamaño con asas de orejetas—ahora sin asociación a cordón plástico—; seis restos de labios redondeados y bordes rectos; otro más de labio redondeado y borde ligeramente engrosado.

La industria lítica que acompaña al cuerpo cerámico está dominada por los segmentos en doble bisel a los que se suman bastantes raspadores, dorsos y láminas con retoques continuos y de fortuna—de uso—. Hay además un pitón de ciervo decorado mediante lotes organizados de incisiones más tema aflechado.

Una fecha de carbono 14, obtenida desde un único fragmento óseo recogido en la base del subnivel IIIb1—a idéntica profundidad que algunas de las cerámicas decoradas—sitúan este Neolítico en el 6220 ± 60 (GrN 9789).

En resumen, la colección, que deberá ser examinada en un futuro con mayo detalle, está compuesta por un número aceptable de elementos de, en general, buena factura. Pocos entre ellos, dos decenas, aportan motivos decorados, de iconografía bastante simple—sólo hay un caso algo complejo—con técnicas de impresión, de boquique y en relieve, afectando a labios, bordes—generalmente—y en contadas ocasiones a panzas.

Berroberria

La cueva, de grandes dimensiones, se sitúa en terrenos de la localidad de Urdax, al norte de Navarra, en vertiente continental, que no peninsular. Por su ocupación reproduce el modelo de otros lugares ya descritos: una densa ocupación del final del Paleolítico y del Mesolítico, como primer gran bloque, y una menor de grupos con cerámicas como segundo.

Los informes de cada una de las modernas campañas de excavación—culminadas a principios de los años 90—encuadran en el Neolítico parte de los horizontes estratigráficos superiores: A y B (Barandiarán 1991-1992 y 1993-1994). En ellos la cerámi-

ca no parece un bien muy explícito, pues hemos contado tan sólo una treintena de fragmentos sin motivos decorativos (a excepción de un cordón de A superior, quizá de tiempos más recientes).

Cueva Lóbrega

La amplia cueva se ubica en La Rioja, en concreto en la población de Torrecilla en Cameros. Siendo tan escasa la información estratificada sobre el Neolítico y el Calcolítico de la zona, se ha considerado de suma importancia la precisa evaluación del lugar: es así que ha sido objeto de múltiples sesiones de excavación, las más decisivas dirigidas por S. Corchón en los 70 y por Ceniceros y Barrios en los 80 y 90. Estos últimos autores repasan la historiografía del lugar, observando la serie de actuaciones controladas, incontroladas, afortunadas y desafortunadas que han ido aumentando la colección material del depósito. Se han ofrecido versiones dispares sobre su ámbito cultural: del final de la Edad del Bronce y del Hierro para algunos autores, del Calcolítico Campaniforme y Neolítico para otros (Barrios y Ceniceros 1991, 1992; Ceniceros y Barrios 1988; Corchón 1972).

La exhumación de las tierras se ha fijado sobre tres áreas independientes, llamadas Sala I, II y III, proporcionando estratigrafías no siempre equivalentes, y en cualquier caso de difícil interpretación. Los últimos trabajos sobre la Sala III llegaron a discernir hasta 43 estratos, aglutinados del 1 al 15 en una capa superficial; del 6 al 13 como nivel Ia; del 14 al 25 como Ib; y el 27 y 28 en el II. Por debajo la cavidad pierde interés arqueológico. Observada en detalle la secuencia sedimentaria, Cueva Lóbrega reproduce muchos de los caracteres vistos y analizados en Los Husos, concluyendo nosotros que su tramo superior es resultado del uso de la cavidad como aprisco: lechos sinuosos, entrecortados, de coloraciones muy contrastadas, de textura ligera...

Al desorden fruto de intervenciones de campo no concatenadas se une una cierta inestabilidad estratigráfica, dando la sensación de que los objetos arqueológicos no se recogieron, siempre, en orden: “con el fin de poder valorar... y dado que en el yacimiento *hallamos importantes remociones*, los diferenciamos –a los materiales– en dos apartados... aquellos que con toda seguridad fueron rescatados en estrato inalterado y otros que bien por pertenecer a los mismos recipientes o bien por presentar carac-

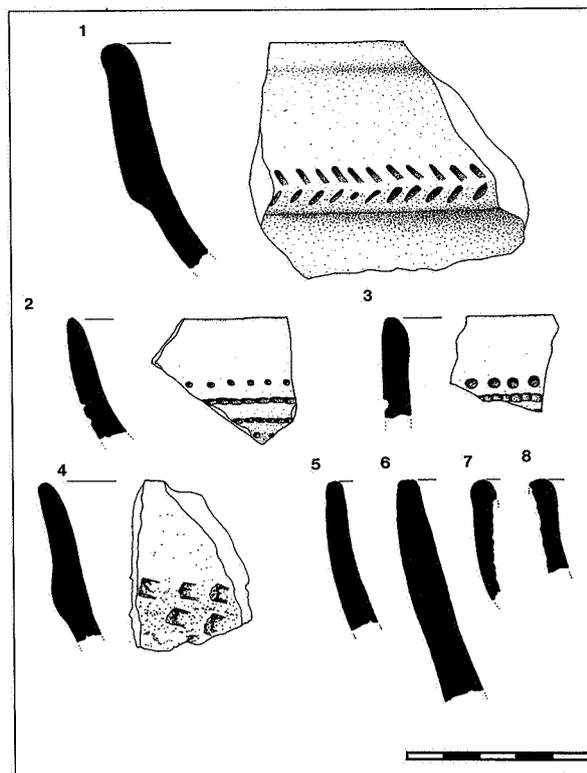


Fig. 6. Conjunto cerámico de Cueva Lóbrega (según Ceniceros y Barrios 1988).

teres tipológicos semejantes, asimilamos a ellos; el segundo agrupa los restos superficiales y los aparecidos en zonas revueltas” (Barrios y Ceniceros 1991: 35). La Sala II estaba afectada, además, por “agentes erosivos”, “intensas actividades arqueológicas” y “desechos de antiguas excavaciones” (Ceniceros y Barrios 1988).

Obligados a expurgar la documentación reunida para la cavidad, nos hacemos eco de la producción cerámica de los niveles inferiores de la Sala I (la más estable en su litoestratigrafía): el V en la nomenclatura de Corchón (1972), el III en la de Ceniceros y Barrios (1988).

– Fragmento de borde ligeramente engrosado con decoración a la manera de espina en el arranque de la panza (Fig. 6.1);

– Fragmento de borde de tendencia apuntada con series –se conservan tres– de impresiones cuadrangulares en el arranque de la panza (Fig. 6.4);

– Pequeño fragmento de borde redondeado con una serie de impresiones circulares y, bajo ella, impresiones contiguas cuadrangulares (¿boquite?) (Fig. 6.3);

– Fragmento muy similar al anterior, iniciado

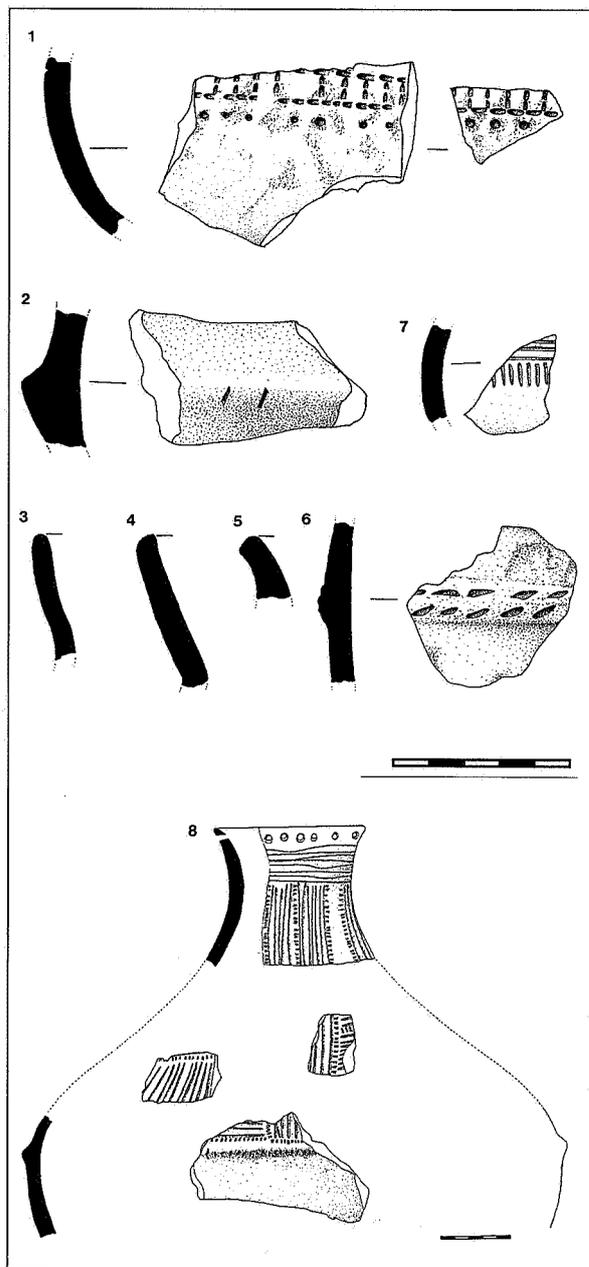


Fig. 7. Conjunto cerámico de Cueva Lóbrega (según Ceniceros y Barrios 1988).

por la misma serie de impresiones circulares –ahora de menor tamaño– seguida de dos series lineales de impresiones contiguas (¿boquique?) (Fig. 6.2);

– Fragmento del borde de un posible cuenco con una perforación, y otro fragmento, de otro recipiente –ahora de labio apuntado– con serie de perforaciones;

– Sendos fragmentos de la panza de un recipien-

te que conserva el final del motivo iconográfico: cenefa limitada mediante técnica de boquique relleno de líneas verticales también bajo técnica boquique; cierra la sintaxis decorativa una serie de impresiones circulares (Fig. 7.1);

– Fragmento de la panza de cordón plástico con alguna impresión en él (Fig. 7.2);

– Fragmento de la panza de recipiente que aporta tres líneas incisas horizontales de la que cuelgan cortas incisiones oblicuas (Fig. 7.7);

– Fragmento de panza con cordón decorado mediante dos series paralelas de impresiones ovales (Fig. 7.6);

– Pequeño fragmento de una panza decorada íntegramente por series horizontales de digitaciones;

– Conjunto de fragmentos recuperados entre las excavaciones de Corchón y de Ceniceros-Barrios, que permiten la reconstrucción parcial de una botella con una organización decorativa inciso-impresa muy elaborada. Desentrañando los motivos se aprecia: serie de perforaciones en el borde; nueve líneas incisas ligeramente ondulantes y paralelas entre sí; conjunto de metopas constituidas por seis o siete líneas verticales –las más extremas “cosidas” por impresiones–; combinaciones varias –no interpretables– de incisiones/impresiones; cordón plástico con serie de impresiones instrumentales (Fig. 7.8);

– Dos pequeños fragmentos de bordes cuyos labios, plano en un caso y redondeado en el otro son recorridos por impresiones.

Desconociendo el número total de fragmentos pertenecientes al nivel III de Ceniceros y Barrios (1988) –nunca se han citado– sabemos, además de lo relacionado, de otros 19 bordes sin elementos decorativos y de un pequeño cuenco casi completo, liso y de fondo recto (Fig. 6.5 a 8 y Fig. 7.3 a 5). El nivel V de Corchón (1972) estaría compuesto por 28 trozos –sólo uno decorado, y ya mencionado– observando que en el horizonte IV hay un fragmento idéntico –muy probablemente del mismo recipiente– que el descrito en segundo lugar en nuestra lista.

Por otra parte, la industria lítica que acompaña a este conjunto es, por raquílica, inexpressiva.

La radiocronología ha permitido un aceptable encuadre para la base del estrato: 6220 ± 100 (GrN 16110), como se ve idéntica a la obtenida en Atxoste IIIb1, con quien comparte, además, bastantes similitudes del cuerpo alfarero.

Los estratos superiores, así como los hallazgos

realizados en áreas revueltas, muestran una producción cerámica que se va complicando en formas, tamaños y ornamentos como corresponde a conjuntos calcolíticos: unguilaciones-digitaciones en panzas y cordones, series de impresiones, incisiones desordenadas, iconografías campaniformes, coladores, zig-zags...

Compilando los caracteres generales de la cerámica neolítica de Cueva Lóbrega retenemos la variedad de pastas y de calidades (como lo demuestran los análisis químicos acometidos) (Barrios y Ceniceros 1992), la proporción de fragmentos decorados y no (de acuerdo a los números que ofrece Corchón) similar a la de otras estaciones, el uso de la impresión y del boquique como técnicas decorativas más frecuentes y, más minoritariamente, de la incisión y el relieve.

Kanpanoste Goikoa

Ubicado en las proximidades de Atxoste, a unos 800 m de distancia, se trata de un pequeño abrigo bajo roca excavado a inicios de la década de los 90 (Alday 1988). Lo más interesante de su secuencia cultural pertenece al Mesolítico, variantes geométrica y campipiñoides, localizado en los niveles II base, III y III-inferior. En el paquete II se incluyen dos horizontes más, Neolítico el intermedio, Calcolítico el superior. La homogeneidad del estrato, y su acusado buzamiento impide una parcelación segura de los lotes industriales –fuera de reconocidos tipos industriales en lo lítico–, siendo por tanto difícil –más bien imposible– asegurar que es lo que pertenece al Neolítico y lo que no.

En cualquier caso las visitas a Kanpanoste Goikoa durante el neoneolítico debieron ser muy puntuales, y no aportaron una colección arqueológica amplia: recordemos que, contrariamente, en el vecino lugar de Atxoste la secuencia neolítica es dilatada y rica. Aquí la producción cerámica queda reducida a 23 fragmentos: el 74% rescatados en los diez primeros centímetros, y muy verosíblemente pertenecientes al Eneolítico, siendo lo restante (ocho fragmentos) del Neolítico. Sólo uno de los trozos cerámicos aporta decoración: dos suaves líneas incisas en el borde.

Los ensayos radiocronológicos efectuados sobre el paquete han servido para situar cronológicamente al horizonte Calcolítico, pero no el Neolítico, que desconocemos donde debe encuadrarse con exactitud.

Kobaederra

Cueva localizada en Oma, Vizcaya, con reconocido depósito arqueológico desde los trabajos que ejecutó allí en 1919 J.M. Barandiarán, aunque las acciones más decisivas se deben al Marqués de Lorian.

En el Museo Etnográfico, Arqueológico e Histórico de Vizcaya se ha reunido un lote material fruto de estas y otras actuaciones menos controladas, pero sin asignaciones a los niveles y sin referencias culturales claras. Más recientemente Zapata *et al.* (1997) han reabierto las investigaciones de campo, identificando cinco horizontes estratigráficos, interesándonos a nosotros los cuatro inferiores por su contextualización neolítica.

– Al nivel V le pertenecen varios fragmentos cerámicos de pastas con abundantes desgrasantes; alguna pieza fina engobada y bruñida; un borde peinado y otros con digitación;

– Es escasa la loza del IV, contando con fragmentos de recipientes finos, uno de ellos con perforación postcocción.

– Sigue siendo muy pobre la colección alfarera del III horizonte: aunque se observan distintas calidades, lo propio son los “vasos de buen tamaño” de paredes finas y bruñidas. Ningún fragmento aporta elemento decorativo.

– El estrato II contiene ahora un voluminoso lote de barros, pero no se descarta que su tramo superior pertenezca, en verdad, al Calcolítico. Así la valoración del inventario debe realizarse con cuidado, pues de hecho se retienen varias formas modernas: vasos de cuellos cerrados y pastas finas; fondos planos; carenas; bordes engrosados, adelgazados, con rebordes. Dominan los motivos impresos sobre los incisos, pero en raquísimos números.

El material silíceo, que incluye geométricos en doble bisel y abruptos, dorsos, truncaduras y raspadores no desentona genéricamente con la adscripción neolítica del paquete (como tampoco lo hace la punta de flecha de retoque plano del II con la estimación calcolítica de su tramo superior).

Tres dataciones de C-14 fijan temporalmente el desarrollo de los estratos IV, III y II: respectivamente 5630 ± 100 (UBAR-470); 5820 ± 240 (UBAR-471) y 5200 ± 110 (UBAR-472).

Kobeaga

Es Kobeaga una pequeña cueva sita en el término municipal de Ispaster, es decir, no muy lejano de

la anterior. Excavada en los años 70 por J.M. Apellániz, ha sido revisada muy recientemente por J.C. López Quintana. Atendiendo a los resultados materiales de ambas actuaciones, y a los refinamientos estratigráficos elaborados por el último autor, se pueden diferenciar las siguientes fases ocupacionales (López Quintana 1997):

– Inicial del Mesolítico geométrico, con dos fechas de C-14 del 5700 la más antigua, del final de ese milenio la otra;

– Última que incorpora escasísimos restos de cerámica lisa. Se ha supuesto una calificación neolítica a esta entidad –tal vez por la industria lítica, muy pobre, que le corresponde–, a pesar de contar con una fecha que nos remite a momentos más recientes: 4240 ± 130 (GrN 24779).

Con un repertorio cerámico tan menguado y poco representativo Kobeaga no nos ofrece buenas posibilidades analíticas (5).

Los Husos

Desde la publicación de la memoria de excavación, a mediados de los 70, el covacho de Los Husos, Elvillar (Alava), se ha convertido en uno de los referentes mayores del devenir prehistórico del Holoceno vasco. La amplia secuencia estratigráfica con que nos regala y un aparato material suficiente, avalan este papel –junto a la inexistencia de otros conjuntos cerrados de la misma época (Apellániz 1974)–. Posteriores revisiones parciales han querido matizar los valores sedimentarios e industriales del depósito: recientes trabajos de refresco de los cantiles ofrecen una lectura más ajustada del registro, y están aportando una serie radiocronológica de utilidad, completando lo ya sabido sobre el sitio (Alday *et al.* e p.).

Siguiendo la relación de paquetes y subniveles litoestratigráficos, así como del cuerpo material, tal

(5) La referencia a Kobeaga, y a otros establecimientos sin demasiada información neolítica –Kanpanoste Goikoa, Berroberria...– quiere tan sólo hacernos reflexionar sobre la calidad de la documentación con que trabajamos y su validez. La penuria de sus catálogos industriales no nos está indicando la pobreza general del neolítico vasco-riojano, como muchas veces se ha querido ver, sino tan sólo la pobreza de ese lugar concreto, que quizá no sea representativo del período. Es común que en estos yacimientos sean cortas también las manifestaciones del Mesolítico (caso de Kobeaga), o del Calcolítico (ejemplo de Kanpanoste Goikoa) cuando son de sobra conocidos establecimientos coetáneos muy ricos. Lo que de verdad están indicándonos es la necesidad de localizar asentamientos alternativos donde lo neolítico esté bien representado, y no se reduzca a visitas rápidas de un grupo humano muy reducido.

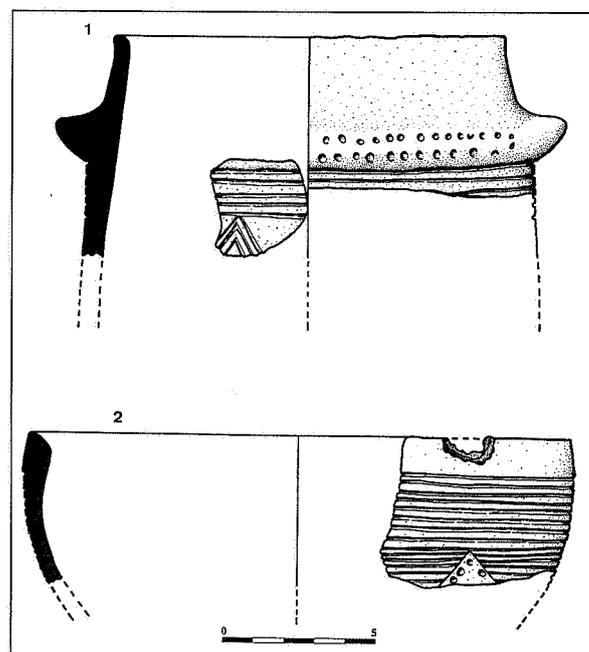


Fig. 8. Conjunto cerámico de Los Husos (según Apellániz 1974).

y como nos lo expuso Apellániz, el horizonte inferior, o IV, tiene cabida en el Neolítico. En él se recuperó un censo cerámico de cierto valor:

– Varios fragmentos de un vaso de, al parecer, pequeñas dimensiones, con labio redondeado, borde recto, panza inaugurada con cordón plástico decorado con impresiones circulares y orejeta, seguido de series incisas lineales de la que parece colgar un juego de triángulos inscritos (Fig. 8.1).

– Dos fragmentos de recipiente reconstituido a la manera de cuenco, de labio ligeramente biselado hacia el interior, y decorado por una serie de, al menos, 14 líneas horizontales paralelas, cortadas las últimas por un triángulo relleno de impresiones circulares poco profundas (Fig. 8.2 y Lám. II);

– Un gran fragmento de vaso con labio engrosado, borde con orejeta y cuerpo liso (Fig. 9.1);

– Nuevo fragmento que permite la reconstrucción de un vaso similar al anterior, incorporando ahora una pequeña perforación (Fig. 9.2);

– Hasta nueve fragmentos de un recipiente con los mismos caracteres que los dos últimos citados, pero de morfología más cerrada;

– Tres bordes correspondientes a recipientes lisos de bordes redondeados y cuerpos cerrados –dos– o rectos;

– Fragmentos que permiten la reconstrucción casi completa de un pequeño cuenco liso;

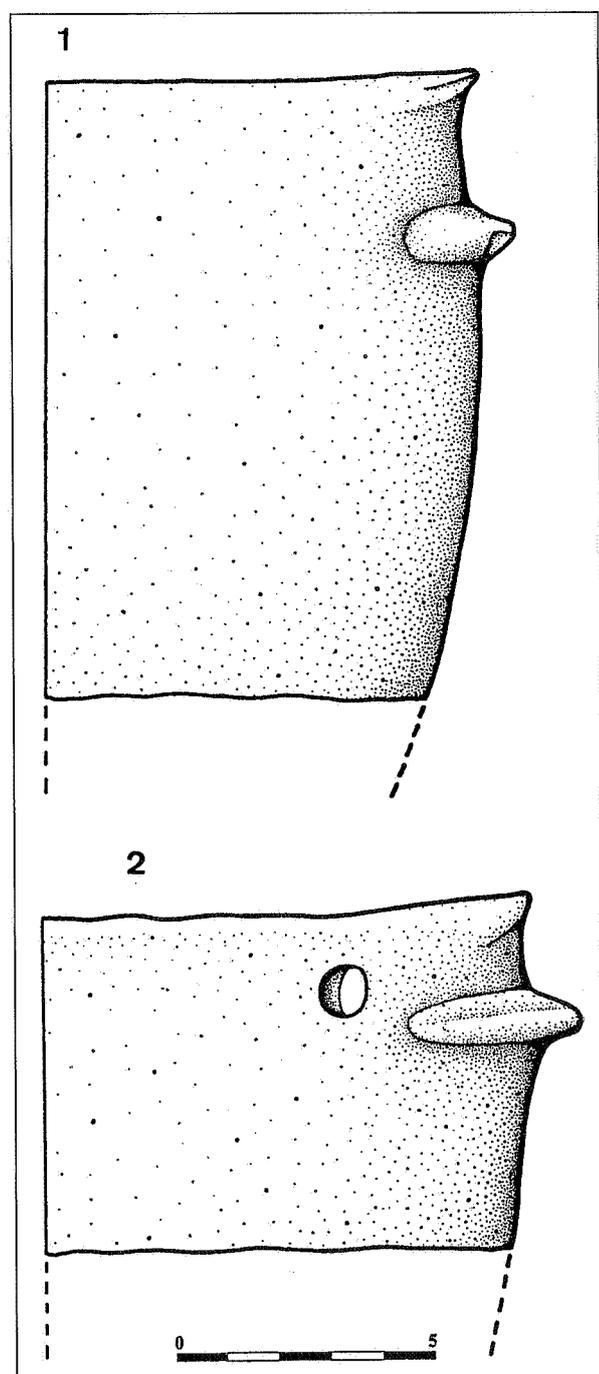
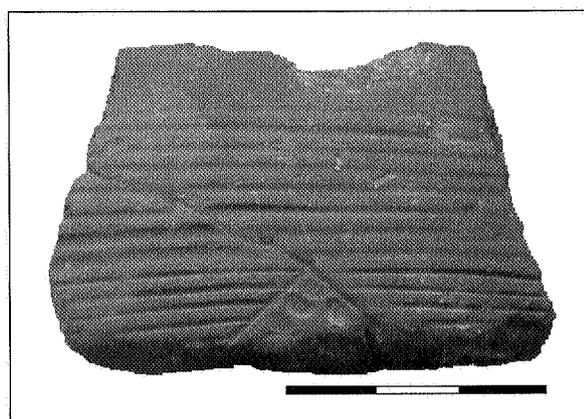


Fig. 9. Conjunto cerámico de Los Husos (según Apellániz 1974).

- Dos nuevos fragmentos que se integrarían en otros tantos contenedores de gran tamaño, ambos con asas tuneliformes;
- Parte de la panza de dos vasijas con incorporación de pezones.



Lám. II. Fragmento cerámico de Los Husos.

Se añaden a la lista varios fragmentos tan pequeños o deteriorados que no permiten acercarse a la descripción del objeto al que pertenecerían (según se indica en la memoria de excavación).

En el utillaje lítico, muy corto, es de señalar la presencia de un par de segmentos, acordes con el presumible encuadre cultural del nivel.

Los recientes trabajos de campo en Los Husos están permitiendo obtener referencias de cronología absoluta muy fiables para toda la secuencia, y complementarias a las ya conocidas. Varias han sido publicadas o están en prensa, pero son inéditas las que aquí presentamos gracias a la amabilidad de J. Fernández Eraso. Las cuatro pertenecen al tramo inferior de la estratigrafía (coincidente *grosso modo* con el nivel IV de Apellániz que entregó las cerámicas aquí mencionadas más alguna impresa de nuevo descubrimiento), y las presentamos de arriba hacia abajo según la disposición de las muestras óseas: 5630 ± 60 (Beta 16179), 5810 ± 60 (Beta 16181), 6130 ± 60 (Beta 16180) y 6240 ± 60 (Beta 16182).

Mendandia

El abrigo de Mendandia se enclava en tierras de la localidad de Sáseta (Treviño), formando parte de ese “nudo habitacional” que conforman los sitios de Kanpanoste, Kanpanoste Goikoa, Atxoste, Montico de Charratu, Peña de Marañón, Peña Larga, Los Husos y Cueva Lóbrega. Su recorrido cultural implica a varias unidades mesolíticas (laminares, campañoides y geométricas) y neolíticas: éstas aportan, además de una satisfactoria industria lítica, una producción cerámica muy rica (Utrilla *et al.* 1988; Alday y Mujika 1999).

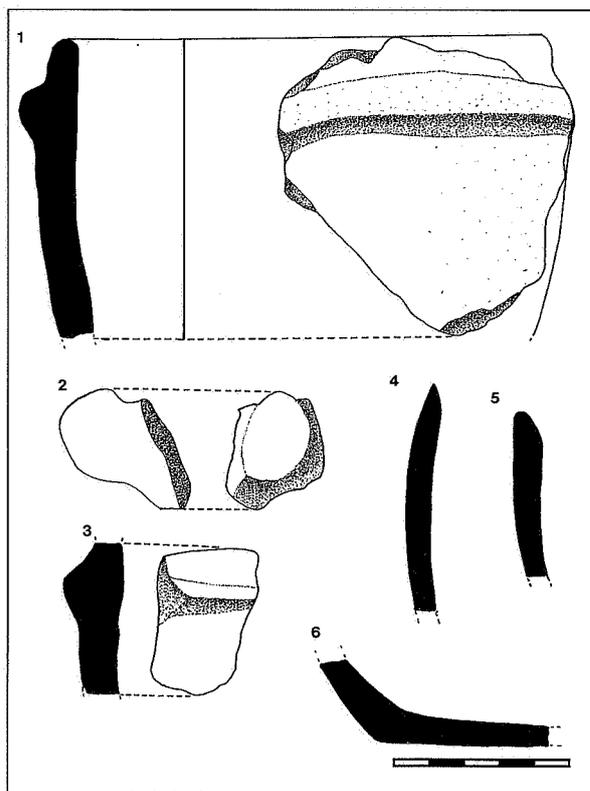


Fig. 10. Conjunto cerámico de Mendandia.

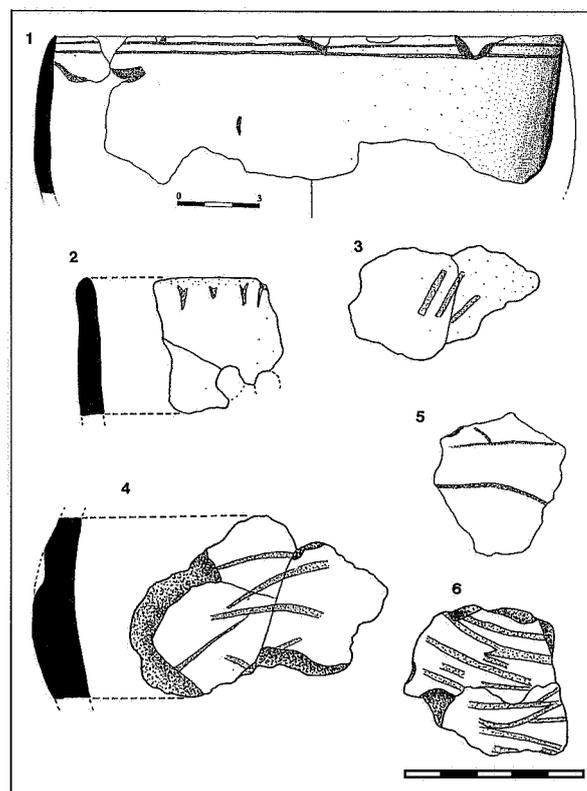


Fig. 11. Conjunto cerámico de Mendandia.

El desarrollo neolítico ha sido parcelado en tres unidades, a través del soporte sedimentario: niveles III-superior, II y I. La memoria de la excavación del sitio está en proceso, con algunos de sus capítulos –precisamente los referentes al equipaje cerámico y su tecnología ya redactados–. Tomando lo fundamental del cuerpo alfarero anotamos:

Nivel III-superior: le pertenecen 343 fragmentos que han sido encajados en catorce grupos mayores (varios compuestos por diversas familias tecnológicas) destacando:

- Varios fragmentos que pudieran reconstruir parte de un vaso de grandes dimensiones, perfil convexo abierto, cordón liso y asas de pezón (Fig. 10.1 a 3);
- Cuatro decenas de fragmentos de un, posiblemente, mismo contenedor de gran capacidad, con cordón plástico algo menos sobresaliente que en el anterior caso;
- Fragmento de panza decorada mediante incisiones poco profundas subhorizontales y desordenadas, ejecutadas con poco cuidado con instrumento de punta roma (Fig. 11.6);
- Siete decenas de fragmentos que han permiti-

do reconstruir un cuenco de paredes finas y lisas, con una abertura de 17 centímetros de diámetro. El labio es redondeado –ligeramente apuntado– y el borde recto: éste se decora mediante dos finas líneas incisas que recorren perimetralmente la vasija (Fig. 11.1);

– Fragmentos de un recipiente de pasta tosca y paredes robustas con incisiones anchas, poco profundas y desordenadas como modo decorativo (Fig. 11.4);

– Fragmentos con otras someras y cortas líneas –no deben confundirse con el anterior recipiente, a juzgar por las calidades de las pastas y sus gamas cromáticas– (Fig. 11.3 y 5);

– Borde recto de labio redondeado decorado mediante serie de impresiones logradas con instrumento de punta triangular y, ya en la panza, con sendas perforaciones (6) (Fig. 11.2).

La colección del horizonte III se complementa con otros diez bordes rectos de labios biselado (1), redondeados (4), apuntados (3) y planos (2); un

(6) No se descarta que, localizado en un área con costra estalagmítica que alteraba puntualmente la secuencia, pertenezca al nivel II: aquí encontraremos recipientes en la misma línea iconográfica.

borde engrosado de labio aplanado y dos bordes exvasados de labios redondeados. Hay además un par de fondos rectos y dos posibles tapas (Fig. 10.4 a 6).

Nivel II: reúne 794 evidencias clasificadas en dieciocho grupos que aglutinan a varias familias. Se reseñan:

- Tres pequeños fragmentos de panza que a la manera de decoración llevan superficiales incisiones subparalelas;
 - Pequeño fragmento de un cuerpo con digitaciones profundas que arrastran y adhieren, a la manera de bolitas, la masa sobrante: la decoración se organiza, en lo conservado, en tres bandas horizontales (Fig. 12.9);
 - Un par de fragmentos que enseñan un borde recto de labio engrosado e inicios de la panza con decoración de cordón plástico con digitaciones (Fig. 12.4);
 - Un nuevo fragmento tiende a reproducir los mismos caracteres que acabamos de describir, aunque tiene el labio más redondeado y el cordón menos sobresaliente;
 - Cuatro fragmentos de un mismo recipiente de borde recto cuyo labio redondeado es decorado mediante incisiones oblicuas que tienden a arrastrar la masa sobrante hacia el interior de la vasija (Fig. 12.1 y 2);
 - Tres fragmentos de recipiente de borde recto y labio redondeado: su extremo superior es decorado por dos series horizontales y paralelas de impresiones cuadrangulares muy cuidadas (Fig. 12.3);
 - Pequeño fragmento de labio aplanado y borde recto con sendas impresiones de instrumento de punta subrectangular (Fig. 12.8);
 - Fragmentos con parecidos soluciones que el descrito encima, pero ahora con impronta subtriangular (Fig. 12.5 a 7);
 - Pequeño fragmento cuyo borde recto incorpora una impresión de instrumento en media luna. El labio sería redondeado;
 - Fragmento de panza con cordón sobresaliente decorado mediante profundas y ordenadas incisiones (Fig. 12.9).
- Se pudieran individualizar además dentro de la colección una treintena de bordes: dominan los rectos de labios redondeados seguidos de los rectos de labio aplanado siendo minoritarios los labios apuntados, biselados al interior o engrosados. Hay un par de casos de bordes exvasados para recipientes de perfiles más sinuosos, y otro biselado. El repertorio es variado en sus pastas, técnicas, coloracio-

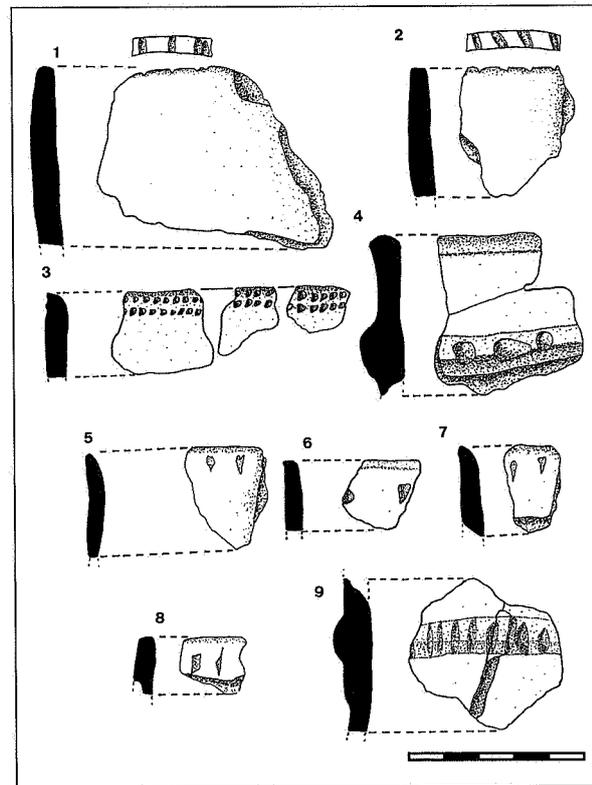


Fig. 12. Conjunto cerámico de Mendandia.

nes y dimensiones con dominio de formas simples más algún vaso en S o una posible olla, así como un fragmento con perforación (de suspensión o decorativa).

Nivel I: se trata de un inventario muy corto, sólo 33 individuos, sin rasgos muy reseñables. Se obtienen 13 grupos cerámicos con un solo fragmento de borde –recto de labio redondeado– siendo el resto panzas sin elementos decorativos.

El conjunto de los barros de Mendandia aporta una variedad significativa de pastas –más o menos decantadas– cocciones y dimensiones, pudiendo definir la colección como de buena factura. Las formas –entre lo poco que nos hemos atrevido a recomponer– son sencillas notando mayor diversidad en II que en III-superior. En el mismo sentido también es evidente una evolución de los estilos decorativos: incisión y cordones lisos en III-superior –dejando en suspenso un caso de impresión en contexto estratigráfico de costra– e incisión, cordones digitados, digitaciones, impresiones y perforación en II.

En todos los niveles la industria lítica tiene un desarrollo muy similar, aunque notando una pérdida de importancia de la misma: se reconocen seg-

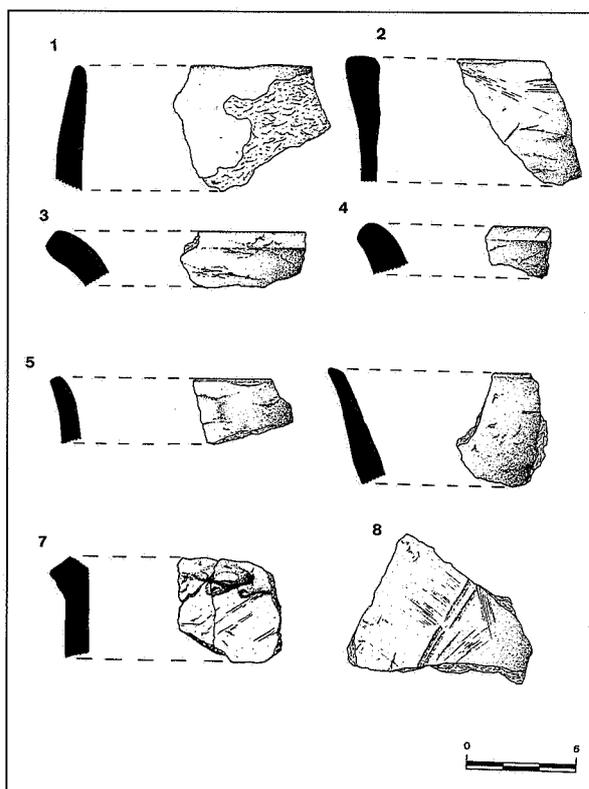


Fig. 13. Conjunto cerámico de Peña de Marañón (según Cava y Beguiristáin 1991-1992).

mentos con retoques en doble bisel más láminas retocadas y elementos de substrato.

Disponemos de varios metrajes radiocarbónicos donde puede sorprender la antigüedad otorgada a la cerámica: 7210 ± 80 (GrN 19658) y 7180 ± 45 (GrN 22743) para III-superior; 6540 ± 70 (GrN 22741) para II y 6440 ± 70 (GrN 22473) para I. Más adelante se discuten en lo básico la validez de las fechas.

La Peña de Marañón

Abrigo bajo roca de la localidad de Marañón, Navarra, que como se anotó, forma parte de un entramado de yacimientos mesoneolíticos muy próximos geográficamente. Parcialmente derruido en el momento de excavarse, a inicios de los 80, ha entregado una secuencia con un densísimo paquete mesolítico geométrico y un pobre neolítico. Sellando esta fase el lugar se usó con fines funerarios calcolíticos y nuevamente habitacionales de las Edades del Bronce y Hierro (Cava y Beguiristáin

1991-1992). Nos interesan aquí las colecciones materiales de d y d-superior:

– Se ha catalogado acertadamente como mesolítica la ocupación de la mayor parte del horizonte d, que cuenta con una industria lítica rica en trapezios, triángulos, microburiles y raspadores. Además, en la parte superior del relleno se rescataron 35 fragmentos cerámicos: 25 en la primera de las semitallas (techo del nivel y los cinco inmediatos centímetros), 6 en la segunda, 2 en la tercera y uno último en la cuarta. Siete son bordes de labios redondeados o aplanados, el resto panzas con presencia de un “pequeño mamelón resaltado mediante incisión de punta roma” (Fig. 13.1 a 8);

– El horizonte d-superior es un estrato escasamente compacto, y sólo presente en el sector occidental del yacimiento. Durante su formación recibió una fugaz visita neolítica que abandona un par de segmentos (por toda pieza lítica identificable) y ocho fragmentos cerámicos de, probablemente, cuatro recipientes distintos. Los trozos no llevan elementos decorativos o de suspensión.

Existe una fecha C-14 para el tramo inferior del nivel d, pero no para el superior (que pudiera ponerse en relación con las primeras cerámicas), como tampoco la hay para d-superior. No tenemos por tanto argumento razonable para situar los episodios neolíticos en algún punto concreto de su ecumene. Ahora bien, la continuidad sedimentaria entre las fases mesolíticas y neolíticas de d (ausencia de síntomas de abandono prolongado) hacen suponer que no media mucha distancia entre ambos momentos: no es ilógico así encuadrar las primeras manifestaciones alfareras dentro de un Neolítico antiguo.

Peña Larga

Abrigo de la comarca de la Rioja Alavesa, en Cripán, por tanto muy cercano al ya evaluado de Los Husos: a diferencia de éste, Peña Larga está situado a considerable altitud, 900 m.s.n.m., en plena Sierra de Cantabria. Su excavación, en la segunda mitad de los 80, deparó agradables sorpresas, especialmente ligadas al hallazgo de un Neolítico viejo con fauna doméstica y cerámica cardial (Fernández Eraso 1997).

Como ocurre en Los Husos y Peña de Marañón también en Peña Larga la primera ocupación queda sellada por enterramientos múltiples calcolíticos, revisitándose posteriormente el lugar en época campaniforme. Es por tanto el primero de los

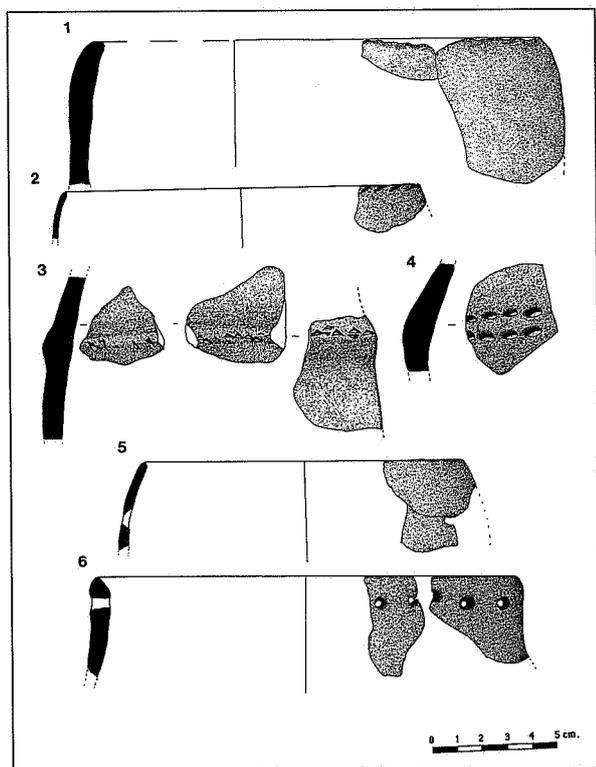


Fig. 14. Conjunto cerámico de Peña Larga (según Fernández Eraso 1997).

horizontes estratigráficos, el IV, el que más conviene a nuestras intenciones.

Son 460 los fragmentos cerámicos rescatados en las operaciones arqueológicas de entre las que sobresalen.

– Fragmento de borde cuyo labio plano incorpora digitaciones a modo de decoración (Fig. 14.1);

– Fragmento de borde cuyo labio apuntado incorpora incisiones oblicuas a modo de decoración (Fig. 14.2);

– Tres fragmentos de la panza de un recipiente recorrido por cordón poco sobresaliente y decorado por impresiones de instrumentos triangular: se nos presentan desordenadas a pesar de que parece se intenta obtener una doble hilada (Fig. 14.3);

– Fragmento de panza de recipiente que incorpora serie doble de impresiones ovales (Fig. 14.4);

– Diecisiete fragmentos que probablemente pertenecen a un mismo recipiente con decoración bajo técnica cardial. No se ha ensayado su reconstrucción, pero pueden anotarse como caracteres principales: el labio de tendencia plana, el borde recto –hay siete trozos del mismo–, la boca de unos quince centímetros de diámetro, las paredes cóncavas

vas y el cordón plástico de la panza. La sintaxis decorativa es muy sencilla: líneas verticales muy próximas entre sí y a menudo interrumpidas, de ritmo no bien logrado, realizadas con el extremo de la concha (Fig. 15.1 a 16);

– Fragmento del borde recto y labio de tendencia apuntada con serie de perforaciones circulares que recorren todo el perímetro del recipiente a la altura de su borde (Fig. 14.6);

– Un último caso refiere un fragmento con perforación ovalada (Fig. 14.5).

Pueden anotarse como pertenecientes al inventario del nivel IV de Peña Larga la presencia de otros 52 bordes, con amplio dominio de los labios redondeados, así como algún pezón y un par de asas como elementos de aprehensión.

Aunque el nivel III del abrigo es de carácter funerario, pudo distinguirse un III-inferior para denominar los 11 (ó 17 en algún punto) centímetros finales del paquete. En este horizonte, de habitación, no faltan algunos restos humanos originarios de las inhumaciones superiores, pero también elementos arqueológicos, paleontológicos y materiales de alguna corta visita, muy posiblemente neolítica. Incluye 50 fragmentos cerámicos con dos únicos bordes (uno de labio redondeado y de tendencia plana el otro). No se han reconocido elementos decorativos en el breve repertorio.

Por su parte entre los 150 trozos de barros del horizonte III se ha aislado una pastilla repujada por toda decoración. Mucho más abundantes serán los motivos iconográficos que se reconocen entre los 1.300 individuos recogidos en el estrato II, ya calcolítico: destacan los modelos campaniformes clásicos ciempozuelos y de su variedad doméstica, y se saben de unguilaciones en panzas, labios o series no muy ordenadas de incisiones. Más densa es aún la colección de I, 1.500 elementos, en donde faltando lo campaniforme, perviven los mismos temas ornamentales, que se complican ligeramente en Ia.

Dos fechas de carbono 14 sirven para marcar el desarrollo del nivel IV: la del 6150 ± 230 (I 15150) proviene de fragmentos óseos recogidos en los centímetros más profundos del lecho, mientras que la del 5830 ± 110 (I 14909) refiere las tallas superiores y sirven aproximadamente como marco para las evidencias del horizonte III-inferior.

En suma, estamos ante una colección neolítica al parecer bastante homogénea, aunque con cierta variedad en los tratamientos técnicos de la producción, en donde destaca el recipiente con improntas

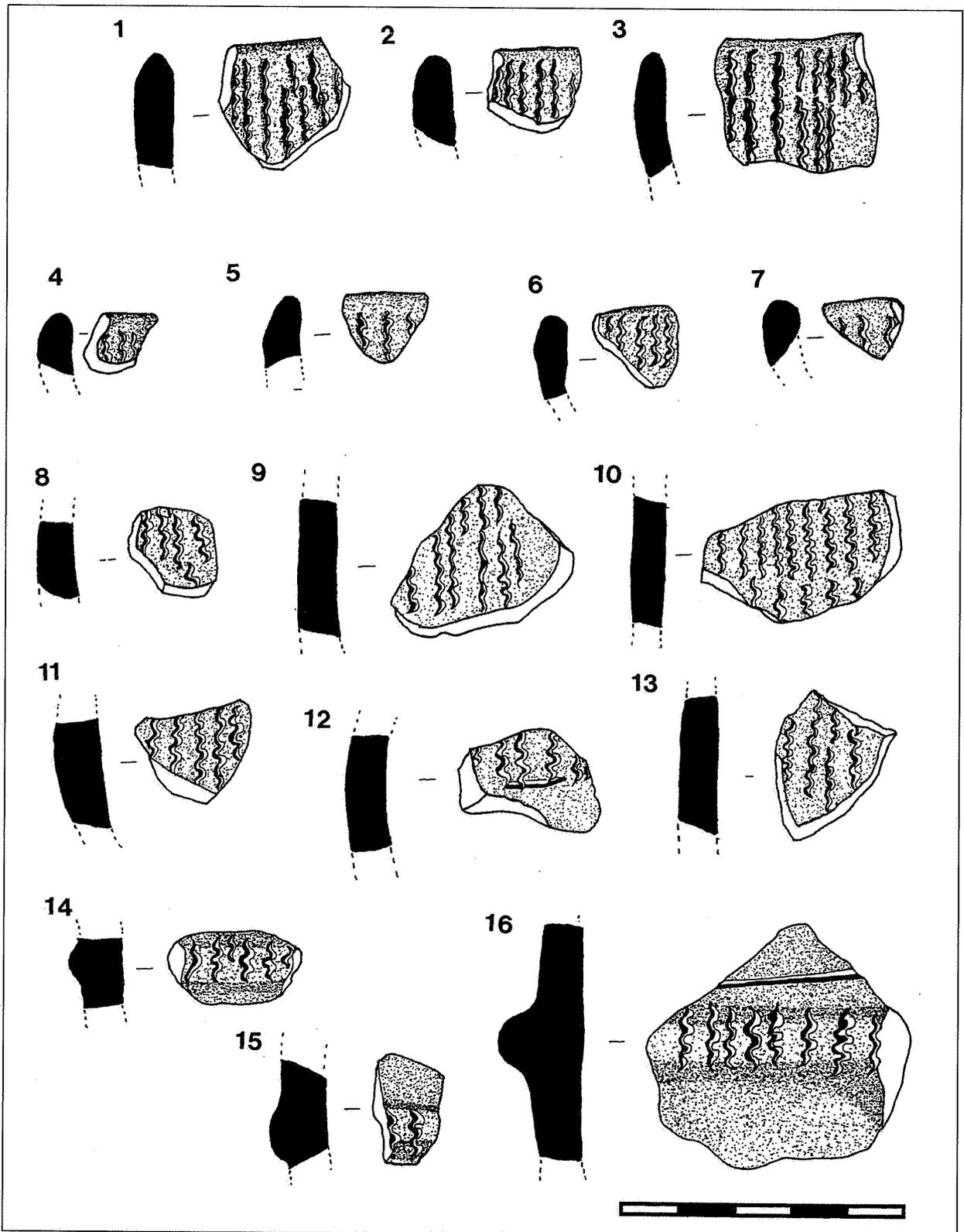


Fig. 15. Conjunto cerámico de Peña Larga (según Fernández Eraso 1977).

cardiales, pues el resto de lo decorado (muy escaso) no es especialmente llamativo.

Zatoya

Ya se ha mencionado la vecindad de los lugares de Aizpea y Zatoya, al ubicarse éste en Abaurrea Alta. De las excavaciones de mediados de los 70 y principios de los 80 se ha entregado una voluminosa memoria, que se completa con reseñas posteriores de nuevos trabajos de campo. Nuevamente nos encontramos con un depósito cuya ocupación puede dividirse en dos unidades: la inferior y más densa del Magdaleniense y del pleno epipaleolítico; la superior y más efímera del Holoceno, y superando un vacío de aproximadamente dos mil años, del Neolítico –nivel I– más inhumaciones de la prehistoria avanzada (Barandiarán y Cava 1989).

El aparato cerámico es muy reducido, tan sólo 47 fragmentos que ocupan casi todo el espesor del nivel (quizá no los centímetros más profundos del mismo). No se reconoció ningún elemento decorativo y sólo cuatro bordes (al menos dos de labio engrosado). Se señala que las “variantes de pastas advertidas no son suficientes para apreciar evolución alguna en el transcurso del tiempo ni para referirlas, con seguridad, a ningún estadio particular de la evolución cerámica en los contextos neolíticos de zonas próximas” (Barandiarán y Cava 1989: 205).

La industria lítica está bien representada por los geométricos (trapezios y triángulos), dorsos (a la manera de láminas, puntas, bases truncadas y no), raspadores, muescas, denticulados y buriles.

Un lote óseo recogido en el tramo central del nivel (aquel donde son más frecuentes los barros cocidos) aporta una fecha C-14 del Neolítico antiguo: 6320 ± 280 (Ly 1397), ampliando el repertorio radiocronológico del último tercio del VII milenio.

3. LA EXPLOTACIÓN DE LOS DATOS

El catálogo electo que nos permite la reflexión sobre la primera cerámica del área vasco-riojana está compuesto por catorce yacimientos. Muy desiguales en cuanto a su conocimiento –según lo publicado–, volumen de material –acercándose en algún caso al millar de efectivos sumando lo correspondiente a cada uno de sus niveles, pero no llegan-

do a la media centena en otros– y composición genérica. Ocupan un dilatado lapso temporal: desde el 7200 como valor inferior más extremo (Mendandía III), hasta el 5600 (Kobaederra IV). Por tanto, mil quinientos años en los que, lógicamente, deberíamos atisbar una mínima evolución tecnotipológica de la producción, si los establecimientos son generosos en sus informaciones. El grueso del inventario se inserta entre el 6000-6300: Atxoste III, Cueva Lóbrega Sala I nivel III (ó V), Los Husos IV (o equivalentes en los nuevos trabajos de campo) y Peña Larga IV –considerando nosotros que también tiene aquí cabida parte del conjunto cerámico descrito para Arenaza–. Será por tanto para este tramo temporal para el que las conclusiones estarán más afirmadas. Faltan, es evidente, yacimientos que nos enseñen el *corpus* alfarero del Neolítico avanzado y final: el abandono de los abrigos a favor de establecimientos al aire libre –y las dificultades de localización/definición de éstos– juega en contra del prehistoriador.

La región de análisis es, geográficamente, muy amplia (en torno a los 22 700 km²), con dos grandes áreas: la cantábrica, mas restringida, y la mediterránea. Sobre esta última se ubican 8 de los yacimientos evaluados (cinco abrigos, un covacho y dos cuevas –aunque una de ellas, Cueva Lóbrega, de tan amplias dimensiones que no determina un espacio cerrado y oscuro–), sobre la atlántica los otros 6 (un abrigo y cinco cuevas) (7). Teóricamente se logra un equilibrio entre ambas vertientes atendiendo al número de los depósitos, pero el mismo se rompe si sumamos los valores absolutos de los fragmentos cerámicos. Recogiendo los cómputos reales, es decir excluyendo lo sitios donde no se ha precisado el montante de los barros (Abauntz, Arenaza, Cueva Lóbrega, Kobaederra, Kobeaga y Los Husos) nos salen sólo 127 efectivos en los depósitos norteños por 2 200 en los sureños. Se demuestra la imposibilidad de equiparar en igualdad de condiciones ambos territorios, y el peligro que encierran conclusiones apresuradas.

¿Responde la desigualdad de los datos a una realidad cultural prehistórica o es efecto coyuntural del estado de la investigación? Es difícil saberlo, pero nos inclinamos por la segunda posibilidad.

Si nos hubiéramos planteado la realización del presente trabajo hace 10 años los catorce estableci-

(7) Hemos incluido Aizpea y Zatoya en los de ambiente oceánico aunque pertenezcan, estrictamente, a la Cuenca del Ebro, y hemos dudado en el caso de Abauntz –incorporado entre los de la mediterránea– por su posición en la misma divisoria de aguas.

mientos reunidos ahora se hubieran reducido a siete: Abauntz, Arenaza, Berroberría, Cueva Lóbrega (no con todo su lote actual), Los Husos, La Peña y Zatoya. Y lógicamente el tamaño de la colección se hubiera reducido muy notablemente –en no menos de 2 200 fragmentos–. En el último decenio es mucho lo que se ha trabajado para desentrañar el Neolítico del área mediterránea, y no tanto sobre la cantábrica: a buen seguro incentivando políticas de investigación adecuadas, lo que ahora no se hace, aumentaríamos sensiblemente nuestro conocimiento de esta zona. Las ausencias deben ser cuidadosamente evaluadas antes de elevarlas a la categoría de teorías razonadas, pues con frecuencia responden sólo a “estados de la cuestión”.

Pero independientemente de las presumibles carencias en los procesos de estudio, ¿podemos explicarnos de alguna manera las diferencias en el número y calidad de las cerámicas de una y otra vertiente? Probablemente sí:

a) atendiendo a la tipología específica de los yacimientos y, vinculado con ello, según los usos de destino de los campamentos, según las reflexiones expuestas en la introducción del trabajo. Y,

b) por el sustrato anterior a la aparición de la cerámica. Mientras varios de los sitios analizados sirvieron de alojamiento para comunidades paleolíticas pero apenas fueron visitadas en la primera mitad del Holoceno, otros inauguran su hábitat en el Mesolítico –los más– o el Neolítico –los menos–.

Así, las cuevas con pasado superopaleolítico y derivados “aziloide” (tres de la cornisa cantábrica y una, Abauntz, en la misma divisoria de aguas) aportan conjuntos neolíticos muy parcos, salvo quizá Arenaza. Apuntamos como explicación, el hecho de que la ubicación de los enclaves y las posibilidades de los paisajes no se ajustan a lo más querido o necesario para los grupos neolíticos: sirven para acciones puntuales, que generan una mínima colección arqueológica, en cerámica y en otros componentes (8).

(8) Ciertamente en la cornisa cantábrica (*sensu lato*) se nos plantea un problema de, al parecer, no fácil resolución. Es muy reconocida la ocupación tardiglaciara, pero entre ésta y la efervescencia de los megalitos –representantes de los procesos neolíticos y posteriores– se produce una fisura que sólo es cubierta muy parcialmente por algunos documentos. Para el área vasca en concreto por los sitios aquí reunidos y pocos más: Santimamiñe, Ekain, Ermitia, Urriaga... con muy escasos materiales y no siempre bien contextualizados estratigráficamente. Ante el problema se nos ocurren dos soluciones inmediatas:

a) despoblación del territorio: abandono masivo a los inicios del Holoceno y posterior “colonización”, también masiva, durante el Neolítico Final;

En contra, de los seis lugares neolíticos con directos antecedentes mesolíticos, cinco son abrigos y el otro una pequeña cueva –Kobeaga– de ocupación muy puntual (9): entre una y otra fase no hay rupturas habitacionales aparentes.

En resumen, ha querido explicarse en los párrafos anteriores:

a) que aún es escaso el repertorio cerámico reconocido para alguna de las zonas del área de estudio, específicamente la del cantábrico;

b) que esta penuria se explica por ser pocos ahí los yacimientos propios del Neolítico –situación sospechosamente ilógica–, y en éstos sus planteamientos –tipos de establecimientos, teóricos territorios de captación, actividades preferentes...– no son concordantes con lo más habitual de los nuevos depósitos mesoneolíticos: parece se trata de visitas temporales donde no están reflejados todas las esferas culturales del momento, tan sólo una mínima parte;

c) que, por tanto, se nos evidencia la necesidad de localizar, exhumar y comprender nuevos conjuntos prehistóricos en la región, como única solución para describir con corrección los hechos del pasado.

Tras el episodio Neolítico en la mayor parte de los enclaves vamos a encontrarnos evidencias de otras fases culturales, pero con intereses muy renovados. En bastantes ocasiones topamos con enterramientos colectivos (Abauntz, Arenaza, Atxoste, Cueva Lóbrega, Kobaederra, Los Husos, Peña de Marañón, Peña Larga y Zatoya), que tienen la particularidad de “sellar” los niveles previos, individualizando con certeza lo propiamente Neolítico. Diversos sucesos Calcolíticos entendidos bien como de habitación en sentido estricto, o bien como apriscos en casos señalados, enriquecen el cuerpo alfarero con una multitud de formas, tamaños y decoraciones ofertando una variabilidad muy llamativa: puede seguirse, aunque no sea objeto de nues-

b) falta de control por parte de los investigadores de los lugares donde se asentaron los grupos una vez se ha renunciado a las cavidades.

La primera respuesta nos parece bastante improbable, aunque en verdad no es desmontable, ni verificable por lo circular del argumento. La segunda, en cambio, es muy posible. Como expusimos en otro lugar: también nos es opaco el hábitat del Neolítico avanzado y del Calcolítico, aunque ahora no puede hablarse de despoblamiento gracias a las abundantes manifestaciones funerarias. Algunos hallazgos de superficie, *verbigracia* Herriko Barra, más los avances obtenidos en la vertiente mediterránea –donde hasta hace bien poco los vacíos también eran muy llamativos– justifican la segunda respuesta.

(9) Falta por evaluar aún los niveles inferiores de Atxoste, que muy probablemente nos remitan al Tardiglaciara.

tro trabajo, su evolución y distinguir fenómenos muy concretos –con, eso sí, un paréntesis para el Neolítico avanzado y final.

4. EL REPERTORIO CERÁMICO

Si las colecciones neolíticas son magras (muy cierto en bastantes ocasiones), no pueden suministrar una gran diversidad de modelos formales o decorativos, dando la ficticia sensación de encontrarnos con unos juegos muy homogéneos. Revisemos con cierto detalle el repertorio alfarero que hemos reunido. En Aizpea, Berroberría, Kanpanoste Goikoa, Peña de Marañón y Zatoya no se alcanza la media centena de individuos (10), en Atxoste, Cueva Lóbrega, Mendandia y Peña Larga se reúnen varios centenares. Recordemos una afirmación anterior: donde hay poca cerámica tampoco es abundante la industria lítica, o la fauna, evidenciando que estamos ante residencias muy esporádicas, no ante un Neolítico donde la cerámica estaría poco desarrollada. En cambio los depósitos con mucha loza suelen aportar miles de restos líticos y óseos, de estructuras ígneas y constructivas, en concordancia con un uso más duradero de los sitios y una diversificación de las acciones cotidianas.

En los yacimientos prehistóricos que aportan suficiente información sobre sus barros podemos establecer una relación entre lo que está decorado y lo que no, o lo correspondiente a bordes frente a las panzas.

a) En Atxoste sobre 850 fragmentos controlados 24 aportan ornamentación (algunos casan entre sí, como ocurre con los no decorados), lo que significa un 2,4%; en Peña Larga de 460 son 24 (5,2%) los festoneados; en los recuentos de Corchón para su nivel V de Cueva Lóbrega hay un motivo iconográfico por 25 unidades (3,5%) y en Aizpea 1 sobre 20 (2%). Significa que, en general, lo decorado oscila entre el 2 y el 3% de los trozos (11). Y por tanto en colecciones por debajo del centenar de efectivos puede ser la casualidad quien explique la ausencia de decoraciones.

b) Es en los bordes y en los arranques de la panza donde con mayor frecuencia se disponen las sin-

taxis decorativas. En Mendandia III-superior los bordes alcanzan el 5,2% del inventario, y de ellos 5 están ornamentados (es decir, el 27,7% de todos los bordes); en Mendandia II suponen el 5% y se vuelven a festonear el 27,5%; en Mendandia I, en un conjunto de menor tamaño, son bordes el 7,6%; en Peña de Marañón un 20% de los fragmentos corresponden a las aberturas de los recipientes, pero ninguno muestra señales decorativas, porcentaje que desciende seis puntos en Peña Larga, aunque ahora sean bastante los ornamentados –el 20%–. Significa que, en general, suelen ser bordes el 5% de los trozos cerámicos de un yacimiento, para decorarse entre el 20 y el 27% de ellos, y por tanto, también ahora, en inventarios por debajo del centenar de objetos el azar influye decisivamente en la ausencia/presencia de decoraciones.

Entre los elementos que acompañan regularmente a la cerámica es la industria lítica la que un mayor juego ofrece a los prehistoriadores. Obviando detalle tecnotipológicos –que pueden tener su importancia en el diseño de “áreas culturales y de influencia”– cabe retener que:

a) los instrumentos de substrato tienen aún una buena representatividad, con interés por las láminas retocadas (y simples con retoques de uso), los raspadores y los dorsos; en este aspecto no hay ruptura llamativa respecto a lo común del antecesor mesolítico;

b) que los geométricos tienen un gran significado, siendo más frecuentes los segmentos –y a menudo exclusivos (Peña Larga, Peña de Marañón d-superior, Mendandia, Los Husos, Atxoste, Kanpanoste Goikoa...)– sin que falten otros tipos (Aizpea, Arenaza, Peña de Marañón d tramo superior, Zatoya...), generalizándose los retoques planos (o tendentes) en dobles biseles o inversos para las bases de ciertos tipos concretos.

5. CONCLUSIONES: ORDEN CRONOLÓGICO Y SERIACIÓN ESTILÍSTICA DE LA CERÁMICA VASCO-RIOJANA

En la tabla 1 hemos tratado de sintetizar y jerarquizar lo fundamental de la cerámica neolítica vasco-riojana: ordenando los yacimientos según la antigüedad que nos revelan las referencias de carbono-14 (o presumiéndolas en algún caso) y entresacando las técnicas y motivos decorativos usados. Los calificativos de los inventarios (como pequeño,

(10) En Kobaederra y Kobeaga no se menciona el número exacto, pero se insinúa la pobreza del inventario.

(11) El caso de Peña Larga parece algo excepcional por la alta fragmentación del recipiente cardinal, pues llevan ésta técnica 17 de los 24 elementos con decoración, y por afectar los motivos tanto al borde –lo que es usual en la época que nos ocupa– como a la panza –lo que es más raro–.

Yacimiento	Niveles	Inventario	Decoraciones	CronologíaBP
Kobaederra	V, IV, III y II	Pequeño	Perforación Digitación Peinada	5820; 5630
Los Husos	IV	Desconocido	Pezones Cordón con impresiones y orejeta + series incisas Serie de incisiones + triángulo con impresiones circulares	5630; 5810; 6130; 6240
Arenaza	IC2, IC1, Ib	Desconocido	Perforación Series simples de impresiones Serie lineal de tipo boquique + Serie de impresiones + cenefa (boquique) con espina y guía Serie triple de impresiones Serie cuádruple de impresiones Impresión cardial	(¿6250?); 6040; 4755
Peña Larga	IV	460 frag.	Serie simple de perforaciones Labio con incisiones Labio con impresiones Cordón con impresiones Serie doble de impresiones Impresión cardial	6150; 5830
Cueva Lóbrega	III (ó V)	Amplio	Perforación Serie de perforaciones Digitaciones en panza Cordón con impresiones Cordón con serie doble de impresiones Serie de incisiones Serie de impresiones circulares + serie lineal (¿boquique?) Cenefa con tema simple (boquique) + serie de impresiones Serie simple de impresiones Serie triple de impresiones Tema de espina.... Botella: serie de impresiones + serie lineal múltiple + metopas + combinaciones inciso/impresas + cordón con impresiones	6220
Atxoste	III	850 frag.	Labio con incisiones Cordón liso Cordón liso con orejeta Cordón con incisiones Labio con incisiones + cordón con incisiones Serie de pezones + cordón con incisiones y orejeta Cenefa con espina + otra vertical rellena de tema en boquique Serie lineal en boquique Serie lineal en boquique + incisiones Series simples de impresiones Tema cardial	6220
Zatoya	I	47 frag.		6320
Aizpea	III	40 frag.	Serie simple impresa	6370
Mendandia	II y I	827 frag.	Perforación Labio con incisiones Cordón con incisiones Cordón digitado Digitaciones en la panza Incisiones en la panza Serie simple de impresiones Serie doble de impresiones	6540; 6440
Mendandia	III-superior	343 frag.	Cordones lisos Cordones lisos más orejeta Incisiones en la panza Incisiones corridas en el borde	Abantz d: 6910 ¿Peña d-superior y d? 7210; 7180

Tab. 1.

desconocido, amplio o con indicación exacta del número de fragmentos) quieren mostrar la calidad de los depósitos y mejorar su lectura de acuerdo a los criterios que anteriormente hemos señalado –su capacidad para entregar elementos significativos–.

Desde el punto de vista cronológico es fácil advertir que el grueso de la colección nos remite al 6000-6300. En este momento la alfarería se ha integrado perfectamente entre los bienes cotidianos de los grupos, y tanto en yacimientos que parecen de uso más permanentes como en aquellos otros en los que la habitación debió ser más puntual (o especializada). En verdad, todos los sitios de la región radiológicamente ubicados en dicho espacio poseen industria cerámica nada desdeñable en calidad y cantidad. Como técnicas decorativas despliegan variedades de incisión e impresión y se recurre también a soluciones plásticas, combinando además las distintas técnicas en una misma vasija:

- a) cordones lisos en donde se intercalan, o no, orejetas de agarre: al parecer no más de una banda por recipiente y siempre en disposición horizontal (Atxoste);
- b) cordones con impresiones seriadas simples (Cueva Lóbrega y Atxoste, en ambos casos son incisiones mejor que impresiones) o dobles (Cueva Lóbrega, Peña Larga y Los Husos);
- c) incisiones o impresiones (digitaciones) en el labio (Peña Larga y Atxoste);
- d) perforaciones aisladas –cuyo carácter decorativo puede discutirse (Arenaza y Cueva Lóbrega)– o perfectamente ordenadas en series lineales (Peña Larga y Cueva Lóbrega);
- e) digitaciones sobre la panza, ordenadas en bandas paralelas (Peña Larga);
- f) incisiones en series múltiples y engarzadas con motivos más complejos (Cueva Lóbrega y Los Husos);
- g) series varias de impresiones ejecutadas con instrumentos de puntas muy variadas: triangulares, cuadrangulares, circulares... Las series pueden ser simples (Arenaza, Peña Larga y Atxoste) o múltiples (Arenaza y Peña Larga);
- h) impresiones cardiales (Arenaza, Peña Larga y Atxoste);
- i) técnica de boquique (12), entendida como series de impresiones tangentes en las que una vez

(12) O falso boquique si no quiere confundirse con lo más propio de la avanzada Edad de los Metales. Referida a producciones neolíticas se la ha denominado abiertamente como boquique, punzado y arrastre (en Portugal) o sus cerámicas incluidas en el grupo de las que usan la gradina como instrumento ejecutor –sin mención expresa a esta técnica–.

apoyado el instrumento éste se arrastra ligeramente. Bajo dicho procedimiento pueden ejecutarse series lineales (con poco gusto en Arenaza, o más cuidadas en Cueva Lóbrega y Atxoste), tema de espiga en cenefa (con guía en Arenaza, sin ella en Atxoste), o cenefas rellenas de líneas verticales también del tipo boquique (nuevamente en Cueva Lóbrega y Atxoste).

Si todos los yacimientos enmarcados por el C-14 entre el 4300-4200 a.C. poseen cerámica, los hay que nos remiten a fechas aún más antiguas:

a) Zatoya –6320– y Aizpea –6370– lugares muy próximos entre sí en lo geográfico. En ambos casos los corpus son muy reducidos –una cincuentena de objetos– y no son posibles valoraciones, por más que contemos con un ejemplar impreso en el abrigo, siendo lisos todos los objetos de la cueva.

b) Abautz c –6910– y Mendandia I, II y III-superior –respectivamente 6440, 6540 y 7210/7180–. En el yacimiento navarro la precisión a la fecha \pm 450 introduce cierta inestabilidad al resultado, a una colección, en cualquier caso, nada aparatosa sobre la que no son aconsejables detenidas especulaciones. Mendandia, por lo que choca a muchos, que no por sí mismo, merece ser observado con cierto detalle.

Para asegurar la validez de Mendandia, como en cualquier otro depósito, deben discutirse sus pilares básicos: la estratigrafía, los materiales y las referencias de datación absoluta:

a) el primero comparte caracteres de otros depósitos holocénicos de su entorno, las particiones internas parecen atinadas y no se han señalado alteraciones significativas (ni paleocanales, ni acciones de animales fosores, ni problemas postdeposicionales). No le son, por tanto, achacables los problemas descritos en otras secuencias definidas como “contextos arqueológicos aparentes” (13);

b) el segundo distingue lotes industriales homogéneos individualmente y fácilmente distinguibles entre sí, que siguen una seriación contrastada en bastantes otros sitios;

c) el tercero proporciona una columna ordenada en sus resultados y sin vacíos en la relación.

Con tres pilares tan fundamentados el edificio deberá estar bien compuesto, por más que alguno de sus ladrillos –tal vez, y solamente, alguna de las

(13) Los “contextos arqueológicos aparentes”, enunciados a partir de Cendres, atienden a circunstancias particulares de los establecimientos, y no debe generalizarse a conjuntos que no responden a lógicas históricas por discutir. Véase Barandiarán Cava 2000 y Alday *et al.* (en prensa).

fechas— no nos cuadre si nos atenemos a esquemas culturales excesivamente rígidos. Mendandia plantea un problema arqueológico, que no es lo mismo que decir que Mendandia es un problema en sí mismo. En su resolución no deben rechazarse, sin aparato crítico, alguno de sus elementos.

Las relaciones entre las muestras óseas que sirvieron para las estimaciones cronológicas y la cerámica son muy nítidas. Así pues, se nos abren, que duda cabe, varios interrogantes: ¿por qué mecanismo los habitantes de Mendandia conocieron la cerámica? ¿ante qué tipo de sociedad estamos? (14)... No tratamos aquí, ni nos sentimos capaces, de dar respuesta a todas las preguntas que caben en el debate. Recordemos que el objetivo principal del artículo es dar a conocer el cuerpo cerámico del Neolítico antiguo vasco-riojano y proponer su ordenamiento. En cualquier caso algunas reflexiones son necesarias.

Teniendo en cuenta las fechas de los dos niveles cerámicos más antiguos de Mendandia, para su contextualización deberíamos preguntarnos: ¿qué es en verdad lo que sabemos de la dinámica histórica entre el 7200-6700 en el área circundante al abrigo treviñés? ¿Qué información tenemos para ese medio milenio? No demasiada. Pertenecen a dicho episodio el nivel IV de la cueva de Marizulo (Alday y Mujika 1999) con un registro poco personalizado y de diagnosis complicada; el III de Fuente Hoz aún por describir; el horizonte II de Aizpea y el IIIb2 de Atxoste, encabalgado entre el 7140 y el 6710 y con una clara adscripción mesolítica —triángulos y trapecios abruptos y ausencia de cerámica—.

Tradicionalmente encajamos en este espacio las fases avanzadas del Mesolítico geométrico, tal y como se hace en otras áreas donde, por cierto, tampoco suelen ser muchos los establecimientos reconocidos para el momento (15). Y ¿tendría aquí ca-

bida el tramo superior del Peña de Marañón d? Recordemos la presencia de cerámica con geométricos que no se han modificado aún ni formal ni técnicamente respecto a lo mesolítico.

El caso de Mendandia no es tan excepcional como pudiera pensarse a primera vista. Se reproduce con matizaciones, citando sitios no muy lejanos al abrigo: en Forcas II (Huesca), cuyos niveles V y VI han entregado cerámicas en la primera centuria del VII milenio a.C. (Utrilla y Mazo 1997 y 1999); Los Cascajos de Quintanadueñas (Burgos) donde se asocia cerámica a la fecha del 4810; o los también lugares al aire libre de la Lámpara (Soria) (Rojo y Kunst 1999) y Los Cascajos de Los Arcos (Navarra) (García Gazolaz y Sesma 1999). Sobre la reciente datación del nivel 4 de Botiquería en el 4880 a.C. se expresa abiertamente su enmarque en una fase de transición entre lo Mesolítico y lo Neolítico, pues aún no habiendo entregado material cerámico—¿por su posición cronológica? ¿por lo específico de su funcionalidad?— en sus componentes líticos ya ha comenzado la renovación tecnológica: uso, no exclusivo, del doble bisel en las armaduras (Barandiarán y Cava 2000). Recordar que la datación del horizonte II de Aizpea es similar a ésta de Botiquería, 6800, y en su industria pétreo ya se advierten elementos propios de lo neolítico (la ausencia de cerámica pudiera ser, o no, casual por el destino del abrigo y lo escaso de la superficie excavada). Por descender el cauce del Ebro pueden recordarse los casos de Can Ballester o de La Font del Ros, sin obviar, claro está, que sus valores han sido puestos en entredicho (Juan-Cabanilles y Martí 2002).

La disyuntiva, frecuentemente planteada entre los prehistoriadores peninsulares, Neolítico antiguo cardial como genuino representante de grupos colonizantes, frente a grupos mesolíticos aculturados, empieza a replantearse y superarse en otras geografías. Mendandia debe participar en el debate. Para el caso francés Roussot-Larroque y Burnez (1992) han reivindicado el papel del cardial atlántico como verdadera “expresión regional” a la vez que han señalado la presencia en la región de otras entidades cerámicas tan antiguas, o tal vez anteriores, a aquellas. Para la fachada mediterránea peninsular puede retenerse la opinión de Pallarés *et al.* (1997: 321): “Es necesario, por lo tanto, asumir que exis-

(14) Adelantamos que en el sitio no hay evidencias de ganadería o agricultura. Recordemos que en toda su ecumene Mendandia funcionó como un cazadero, lo que no excluye que el grupo realizara acciones complementarios en otros lugares.

(15) Como ejercicio complementario hemos rastreado en los *corpus* de dataciones absolutas de la Península Ibérica los yacimientos que han entregado fechas encajables entre el 7200 y el 6700 a.C. La primera de nuestras sorpresas fue constatar la escasez de lugares adscritos en ese espacio: para algunos rincones geográficos, con listados radiocronológicos densos la ausencia es llamativa (por ser casos cercanos los casi 1400 años que faltan en Cataluña impidiendo solucionar el tránsito del Mesolítico al Neolítico—Martín 1992; Mestres y Martín 1996— o los vacíos en Valencia). La segunda fue observar la indiferencia cultural que suele rodear al nivel (o a los niveles) implicados: a veces los depósitos no son adjetivados (ni como mesolíticos ni como neolíticos), o se deja en suspen-

so (en verdad ni se plantea) las relaciones a establecer entre la data y los componentes materiales del horizonte (especialmente en el caso de contener cerámica). En la memoria de excavación de Mendandia se profundizará sobre el valor de las fechas C-14 peninsulares y del sureste de Europa.

Cronología según C-14	Perforación	Relieves (cordones y orejetas)	Incisión	Impresión (General)	Impresión (Boquique)	Impresión (Cardial)
4300-4000	CPL 	AZ 	AZ 	ARE 	ARE 	CPL 
		AZ 	CL 	ARE 	ARE 	AZ 
		CL 	LH 	ARE 	AZ 	
		CPL 	LH 	ARE 	CL 	
		CPL 		AZ 		
		Labio 				
4500-4300		MD 	MD 	MD 		
		Labio 		AIZ 		
5200		MD 	MD 			
			MD 			

Fig. 16. Sinopsis gráfica de la evolución estilística de la cerámica neolítica vasco-riojana: AIZ Aizpea; ARE Arenaza; AZ Atxoste; CL Cueva Lóbrega; CPL Peña Larga; LH Los Husos; MD Mendandia.

te cierta variabilidad de las respuestas estilísticas en la decoración cerámica para este momento ‘Neolítico antiguo’ y que el mayor o menor porcentaje de un tipo no puede ser indicativo de un cambio cultural, si no que debemos explicar su ausencia/ presencia en base a otros elementos... o en todo caso reformular el concepto de *facies cultural*”. También en varios sitios de Hernando (1999).

Mendandía ofrece, además, una evolución estilística propia. Los horizontes I y II, separados por cien años, han entregado como técnicas decorativas:

- a) cordones con impresiones seriadas simples, incisas o digitadas;
- b) incisiones en el propio labio;
- c) perforaciones aisladas;
- d) digitaciones en panzas, ordenadas en series horizontales;
- e) incisiones sobre las panzas;
- f) series varias de impresiones con instrumentos de puntas desiguales: dominan las composiciones simples aunque se conoce alguna doble. En todos los casos se disponen en el labio.

Por su parte Mendandía III-superior, enmarca en el 5200, simplifica las variedades decorativas, lo que entendemos como una actitud cultural y no como producto de la calidad del registro –que acumula tres centenares y medio de fragmentos–:

- a) cordones lisos, incluyendo o no orejetas;
- b) incisiones poco cuidadas y desorganizadas sobre las panzas;
- c) incisión doble, fina y corrida, sobre el borde del cuenco.

Como última aportación compilamos los datos cronológicos y estilísticos de la cerámica suministrada por los yacimientos objeto de análisis. En la figura 16 y tabla 1 disponemos, a la manera de resumen y ordenados en el tiempo, las variantes iconográficas, distinguiendo temas y técnicas, observando que:

- a) según avanza el tiempo se diversifican los modos ejecutivos y la trama temática –como también lo hacen las calidades de pastas y formas de los recipientes– pues lo antiguo se hereda y lo nuevo se acopla;
- b) en la fase más temprana, representado por un único lugar, todo se reduce a *cordones plásticos lisos e incisiones para el diseño de sintaxis lineales simples*. El debate, que prácticamente se había apagado, sobre cerámicas lisas como anteriores a las cardiales, ha sido avivado recientemente por A. Hernando (2000), al observar –siguiendo aquí sus

razonamientos– cerámicas no cardiales en “contextos epipaleolíticos” –y citando entre otros pocos ejemplos los sitios de Zatoya y Abautz–, cerámica cardiales en “contextos epipaleolíticos” en la Península Ibérica, Sur de Francia, Córcega e Italia (16). En nuestro caso nos contentamos con documentar un episodio de cerámicas lisas o con incisiones previo a otro (punto c) de mayor variedad técnica;

c) a mediados del VII milenio, Mendandía II y I, y alargándolo un poco Aizpea III y Zatoya I, persisten los cordones, ahora también decorados, y las incisiones simples, y se enriquece el catálogo con *incisiones en labios, perforaciones, digitaciones en panzas y sobre todo impresiones para juegos de sencilla composición*;

d) el tercer momento, último tercio del milenio, significa la consolidación del cuerpo alfarero: continuidad de cordones decorados y no, con y sin orejetas, de incisiones/digitaciones en labios, perforaciones aisladas o seriadas, digitaciones en panzas, juegos de incisiones y series de impresiones en texturas que se complican y participación de la *técnica de boquique y del cardinal*. De este momento deben retenerse dos propiedades más: la mayor elaboración de las sintaxis, encerrando los temas en cenefas u ordenándolos en frisos; y la relativa homogeneidad de la producción con tramas que se repiten –así el modo en espina–, si bien cada yacimiento desarrolla un aire propio –se distingue bien la colección de Arenaza de la de Los Husos o ésta de la de Peña Larga o Atxoste–. Queremos hacer hincapié aquí en la técnica boquique, pues por su abundancia puede convertirse en uno de los indicadores de estas fases neolíticas y, en ciertas regiones, incluso por encima de otras supuestamente más determinantes –como lo cardinal (17). Para esta fase la

(16) El entrecomillado para “contextos epipaleolíticos” es nuestro porque, pensamos, el concepto debía ser matizado. En el debate hay quien rechaza, caso por caso, los depósitos anteriores al 6800 con cerámica (Zilhão 1993 o Bernabeu *et al.* 1999) explicando lo erróneo de las fechas –por contaminación con horizontes precerámicos– o calificando los estilos cerámicos como “epicardiales” y por tanto no acordes con la datación.

(17) La consulta de repertorios cerámicos neolíticos de la Península Ibérica o de los componentes alfareros de yacimientos emblemáticos para el periodo revela la importancia que alcanzó la técnica boquique. Podíamos haber incorporado a nuestro catálogo, por proximidad, la Cueva Mayor de Atapuerca, donde son abundantes las cerámicas con decoración boquique, con temáticas y sintaxis muy similares a Arenaza, Atxoste o Cueva Lóbrega (Apellániz y Domingo 1987: Figs. 63 a 67). Es también fácil rastrear la técnica en conjuntos meseteños (Verdelpino –Fernández-Miranda y Moure 1975–, o La Vaquera –Estremera 1999; Rojo y Estremera 2000–, Jimenez *et al.* 1997), andaluces, extremeños, portugueses o ¡hasta en las mismas cuevas de l’Or y Sarsa! Este

cerámica no sería la única “tarjeta de visita” del neolítico, pues varios depósitos han entregado fauna doméstica y a buen seguro la agricultura estaba en marcha (18).

e) la documentación referente al VI milenio se reduce considerablemente y no es posible seguir la evolución de la cerámica. El desarrollo de un hábitat al aire libre, en detrimento de las cuevas y los abrigos, no favorece la conservación de la loza. Siguiendo a Kobaederra se sabe de la participación de nuevas técnicas –se habla de recipientes peñados– y poco más hasta el esplendor de los barros del Calcolítico.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDAY, A. 1992: “La primera industria del oro en el País Vasco y La Rioja”. *Munibe* 43: 43-55.
- 1998: *El depósito prehistórico de Kanpanoste Goikoa (Virgala, Alava). Memoria de las actuaciones arqueológicas. 1992-1993*. Memoria de yacimientos alaveses 4. Diputación Foral de Alava.
 - 1999: “Dudas, manipulaciones y certezas para el mesoneolítico vasco”. *Zephyrus* LII: 129-174.
 - 1997: «Abrigo de Atxoste - Puerto de Azáceta (Virgala). Informes de las campañas de excavación». *Arkeoikuska* 1996:35-46.
 - 1998, *Arkeoikuska* 1997: 75-83.
 - 1999, *Arkeoikuska* 1998: 67-74.
 - 2000, *Arkeoikuska* 1999: 37-44.
 - 2001, *Arkeoikuska* 2000: 31-38.
 - 2001: “Vías de intercambio y promoción del campiforme marítimo y mixto sobre el interior peninsular”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 9: 7-110.
- ALDAY, A.; FERNÁNDEZ ERASO J. y YUSTA, I. (e p.): “Suelos de habitación – suelos de corrales: los casos vascos de Atxoste y Los Husos”. *Veleia*.
- ALDAY, A. y MUJICA, A. 1999: “Nuevos datos de cronología absoluta concerniente al Holoceno Medio en el área vasca”. *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*. Cartagena 1997, 2: 95-106.
- APELLÁNIZ, J.M. 1974: “El grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica del País Vasco”. *Estudios de Arqueología Alavesa* 7: 1-409.
- APELLÁNIZ, J.M. y ALTUNA, J. 1975a: “Excavaciones en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya). Primera campaña. 1972. Neolítico y Mesolítico Final”. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 4: 121-154.
- 1975b: “Memoria de la II campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)”. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 4: 155-181
 - 1975c: “Memoria de la III campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)”. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 4: 186-197.
- APELLÁNIZ, J.A y DOMINGO, S. 1987: *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). II Los materiales de superficie del santuario de la galería del sílex*. Cuadernos de Arqueología de Deusto 10.
- ARIAS, P. y ALTUNA, J. 1999: “Nuevas dataciones absolutas para el Neolítico de la Cueva de Arenaza (Bizkaia). *Munibe Antropología – Arkeologia* 51: 161-171.
- BARANDIARÁN, I. 1991-1992: “Cueva de Berroberría (Urdax). Campaña de 1998. Informe preliminar”. *Trabajos de Arqueología Navarra* 10: 389-394.
- 1993-1994: “Cueva de Berroberría (Urdax). Informe de las campañas de excavación V (1990), VI (1991); VII (1992) y VIII (1993)”. *Trabajos de Arqueología Navarra* 11: 243-247.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. 1989: “El yacimiento prehistórico de Zatoya (Navarra)”. *Trabajos de Arqueología Navarra* 8.
- 2000: “A propósito de unas fechas del Bajo Aragón: reflexiones sobre el mesolítico y el neolítico en la cuenca del Ebro”. *SPAL* 9: 293-326.
 - 2001: *Cazadores-recolectores en el pirineo navarro. el sitio de Aizpea entre 8.000 y 6.000 años antes de ahora*. Anejos de *Veleia* serie maior 10: 543.
- BARRIOS, I. y CENICEROS, J. 1991: “Excavaciones Arqueológicas en Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros, La Rioja). Campaña de 1988. Informe preliminar”. *Berceo* 121: 27-59.
- 1992: “Dataciones absolutas y análisis mineralógicos. Cueva Lóbrega”. *Estratos* 4: 17-22.
- BERNABEU, J. 1989: “La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica”. *Trabajos varios del SIP* 86. Valencia.
- BERNABEU, J.; VILAVERDE, V.; BADAL, E. y MARTINEZ, R. 1999: “En torno a la neolitización del Mediterráneo peninsular: valoración de los procesos postdeposicionales de la Cova de les Cendres”. *Geoarqueología i Quaternari litoral. Memorial M. P. Fumal*: 69-81. Universidad de Valencia. Valencia.
- CAVA, A. 1997: “L’abri d’Aizpea. Un facies à trapezes et son évolution a la fin du mésolithique sur le versant sud des Pyrénées”. *Préhistoire Européenne* 10: 151-171.

acercamiento es confirmado por las cronologías de aquellos casos bien datados. Tal vez mereciera la pena un examen más detenido de esta tradición temática por la amplitud de su extensión (Alday 2001): sería interesante comprobar su vigencia temporal; si ofrece una evolución interna (lo boquique y, por gomas por caso lo epiboquique) perceptible en la iconografía; su coincidencia con lo cardinal –como versiones de un mismo impulso o a la manera de préstamos–; la posible delimitación de áreas regionales...

(18) Son de principios del IV milenio a. C. los primeros documentos seguros de domesticación vegetal (en Kobaederra) pero de aquí a no mucho tiempo, es una apuesta, encontraremos pruebas que nos remitan al V milenio.

- CAVA, A. y BEGUIRISTIAN, M.A. 1991-1992: "El yacimiento prehistórico del abrigo de La Peña (Marañón, Navarra)". *Trabajos de Arqueología Navarra* 10: 69-135.
- CENICEROS, J. y BARRIOS, I. 1988: "Reinterpretación de las estratigrafías y ajueres arqueológicos de Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros, La Rioja)". *Cuadernos de Investigación Histórica, Brocar* 14: 53-102.
- CORCHÓN, M.S. 1972: "La estratigrafía de la cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, Logroño)". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 72: 56-106.
- ESTREMERERA, M.S. 1999: "Sobre la trayectoria del neolítico interior: precisiones a la secuencia de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia)". II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica, Valencia, *Saguntum* extra 2: 245-249.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y MOURE, A. 1975: "El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica". *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria* 3: 190-235.
- FERNÁNDEZ ERASO, J. 1997: *Excavaciones en el abrigo de Peña Larga (Cripán, Alava)*. Memoria de Yacimientos Alaveses 4: 190. Vitoria.
- GARCÍA GAZOLAZ, J. y SESMA, J. 1999: "Talleres de sílex versus lugares de habitación. Los Cascajos (Los Arcos, Navarra), un ejemplo de neolitización en el Valle del Ebro". II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica, Valencia, *Saguntum* extra 2: 343-350.
- HERNANDO, A. 1999: *Los primeros agricultores de la Península Ibérica. Una historiografía crítica del neolítico*. Ed. Síntesis, Madrid.
- 2000: "La cuestión de la "llegada" del neolítico a la Península Ibérica desde el sur o desde el este. Un análisis historiográfico de coyunturas políticas y evidencias arqueológicas". *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, I. Arqueología peninsular historia, teoría y practica*. Vilha-Real: 383-395.
- JIMÉNEZ, P.J.; ALCOLEA, J.J.; GARCÍA M.A. y JIMÉNEZ, J.M. 1997: "Nuevos datos sobre el neolítico meseteño: la provincia de Guadalajara". II Congreso de Arqueología Peninsular II: 33-44.
- JUAN-CABANILLES, J. y MARTÍ, B. 2002: "Poblamiento y procesos culturales en la Península Ibérica del VII al V milenio A.C. (8000-5500 BP). Una cartografía de la neolitización". *Saguntum* extra 4: 45-87.
- LÓPEZ QUINTANA, J.C. 1997: "Propuesta analítica para la interpretación del depósito estratigráfico de la cueva de Kobeaga II (Ispaster, Bizkaia)". *Krei* 2: 69-90. Zaragoza 1996.
- LLANOS, A. y VEGAS, J.I. 1974: "Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de las cerámicas". *Estudios de Arqueología Alavesa* 6: 265-313.
- MARTÍN, A. 1992: "Dinámica del neolítico antiguo y medio en Cataluña". En *Aragón / Litoral Mediterráneo: intercambios culturales durante la prehistoria*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 319-333.
- MESTRES, J.S. y MARTÍN, A. 1996: "Calibración de las fechas radiocarbónicas y su contribución al estudio del neolítico catalán". I Congrès del Neolític en la Península Ibèrica. Gava 1995, *Rubricatum* 1: 791-804.
- PALLARÉS, M.; BORDAS, A. y MORA, R. 1997: "La Font del Ros en el proceso de neolitización de los Pirineos Orientales". II Congreso de Arqueología Peninsular I. Zamora 1996: 311-325. Zamora.
- RASILLA, M.; HOYOS, M. y CAÑAVÉRAS, J.C. 1996: "El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Revisión de su evolución sedimentaria y arqueológica". *Complutum* extra 6: 75-82.
- ROJO, M. y ESTREMERERA, M.S. 2000: "El valle de Ambrona y la cueva de La Vaquera: testimonios de la primera ocupación neolítica en la Cuenca del Duero". *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular III. Neolitização e megalitismo da Península Ibérica*. Vilha-Real: 81-94.
- ROJO, M. y KUNST, M. 1999: "La Lámpara y La Peña de la Abuela. Propuesta secuencial del Neolítico Interior en el ámbito funerario". II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Valencia. *Saguntum* extra 2: 503-512.
- ROUSSOT-LARROQUE, J. y BURNEZ, C. 1992: "Aux sources du néolithique atlantique. Le cardial, le "danubien", et les autres...". *Revue Archéologique du Ouest, Supplement* 4: 127-138.
- SHEPARD, A.O. 1968: *Ceramic for the archaeologist*, Carnegie Institution of Washington 609. Washington.
- UTRILLA, P. 1982: "El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra)". *Trabajos de Arqueología Navarra* 3: 203-345.
- UTRILLA, P.; CAVA, A.; ALDAY, A.; BALDELLOU, V.; BARANDIARAN, I.; MAZO, C. y MONTES, L. 1998: "Le passage du Mesolithique au Neolithique ancien dans le bassin de l'Ebre (Espagne) d'après les datations c-14". *Préhistoire Européenne* 12: 95-106.
- UTRILLA, P. y MAZO, C. 1991-1992: "Campaña de salvamento en la cueva de Abauntz (excavaciones de 1988)". *Trabajos de Arqueología Navarra* 10: 406-411.
- 1993-1994: "Informe sobre la campaña de 1993 en la cueva de Abauntz". *Trabajos de Arqueología Navarra* 11: 248-254.
- 1997: "La transición del tardiglaciario al holoceno en el Alto Aragón: los abrigos de Forcas (Graus, Huesca)". II Congreso de Arqueología Peninsular I. Zamora 1996: 349-365. Zamora.
- 1999: "Les abris de Las Forcas (Graus, Huesca). La transition de l'Épipaléolithique au Néolithique ancien". *Néolithique du Nord-Ouest méditerranéen, XXIV Congrès Préhistorique de France* (Carcasona): 239-246.
- ZAPATA, L.; IBÁÑEZ, J.J. y GONZÁLEZ, J.E. 1998: "El yacimiento de la cueva de Kobaederra (Oma, Bizkaia). Resultados preliminares de las campañas de excavación 1995-1997". *Munibe Antropologia-Arkeologia* 49: 51-63.
- ZILHÃO, J. 1993: "The spread of Agro-Pastoral economies across Mediterranean Europe: A view from the Far West". *Journal of Mediterranean Archaeology* 6: 5-63.